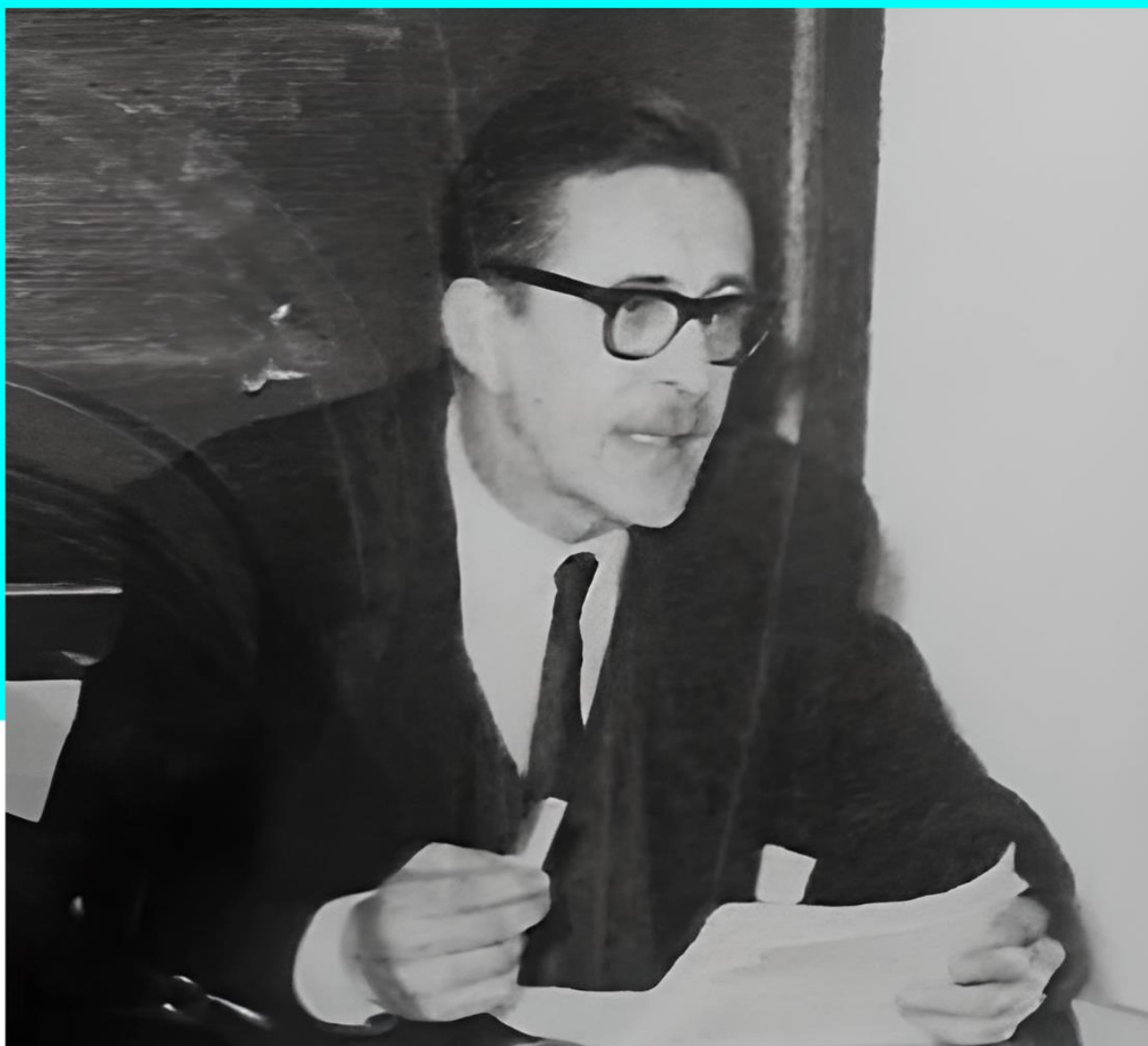


RODOLFO KUSCH, UNA INVITACIÓN



Roberto H. Esposto

COLECCIÓN PERIFERIAS



POLIEDRO
EDITORIAL
DE LA UNIVERSIDAD DE SAN ISIDRO

Rodolfo Kusch, una invitación

Roberto H. Esposto

Esposito, Roberto H.

Rodolfo Kusch, una invitación / Roberto H. Esposito ; prólogo de Enrique Del Percio.
- 1a ed. - Beccar : Poliedro Editorial de la Universidad de San Isidro, 2023.

Libro digital, PDF - (Periferias)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-90146-5-5

1. Filosofía Contemporánea. I. Del Percio, Enrique, prolog. II. Título.

CDD 191

Colección Periferias

Diseño editorial: María Soledad Lohlé

Imagen de portada: <https://www.ufrgs.br/jornadaskusch2019/rodolfo-kusch/>

Poliedro Editorial de la Universidad de San Isidro

Universidad de San Isidro Dr. Plácido Marín

Av. Del Libertador 17175 Beccar (B1643CRD), Buenos Aires, Argentina

ISBN 978-631-90146-5-5



Poliedro Editorial de la Universidad de San Isidro es propiedad de la Fundación de Estudios Superiores Dr. Plácido Marín

Autorizada provisoriamente por Decreto PEN Nro. 1642/2012 conforme a lo establecido en el artículo 64 inciso "c" de la Ley 24521

Índice

Prólogo	5
Introducción	7
1. Kusch, una invitación	8
Vida y obra	8
La dualidad de Nuestra América: Estar (mero estar) y Ser (ser alguien)	25
2. Kusch, en sus propias palabras	41
3. Kusch, en otras palabras	48
Bibliografía	56
Agradecimientos	59
Sobre el autor	60

Prólogo

Enrique Del Percio

Es inevitable. Uno hace referencia a Kusch en cualquier ocasión, en cualquier latitud y ante cualquier auditorio, y entonces se producen dos efectos entre quienes por primera vez oyen hablar de sus ideas: el primero es la sorpresa del descubrimiento de algo tan relevante: “¿cómo es posible que haya llegado hasta aquí sin haberme topado con ese autor?”. El segundo, claro, es que brota la necesidad de conocerlo. Y ahí viene el problema: ¿qué texto puede uno recomendar a modo de abordaje inicial a una obra tan poliédrica como la de este filósofo, poeta, guionista de teatro, director de “puchometrajes” y tantas cosas más?

Acá se podría decir que gracias a Esposto este problema está resuelto, pues *Rodolfo Kusch, una invitación* satisface acabadamente ese reclamo, y eso ya sería suficiente proemio. Sin embargo, hay algo más.

Claro que hay más. Cabe pensar que era preciso que sea alguien que no tuviera una formación filosófica en sentido estricto, alguien que se desempeñase en el ámbito de la crítica literaria, quien pueda dar cuenta de las diversas facetas de Kusch; pero hace falta algo más para poder explicar en forma clara y sucinta el núcleo de su pensamiento filosófico. Quizá fuera preciso también que sea un hijo de europeos y que viva en Australia desde su infancia quien pueda tener la distancia crítica, quien pueda ver desde lejos, para poder sintetizar una obra tan vasta con exactitud y concisión sin caer en los meandros del análisis erudito. Sin embargo, hace falta algo más para valorar la originalidad de la obra kuschiana. Posiblemente sea necesaria la cuota de marginalidad teórica y geográfica de Esposto para entender el pensar periférico de Kusch, pero con eso no alcanza.

Ese algo más, ese plus, consiste en una virtud que está algo olvidada en la academia contemporánea: audacia. Audacia para no conformarse con el canon, con el saber establecido, con las categorías aceptadas, cuando éstas no son suficientes para dar cuenta de lo que se pretende comprender.

Como dice ese cuento que suele usarse al inicio de los cursos de metodología de la investigación: “había una vez un hombre a quien se le había perdido la billetera y la buscaba en la esquina a la luz del farol; se le acerca un amigo y le pregunta si está seguro de que se le había caído por allí y el otro le contesta: no, pero es que acá tengo luz”. No es fácil adentrarse por los senderos no alumbrados ni señalizados por el saber instituido; y hace falta además audacia para animarse a escribir sobre un autor deliberadamente silenciado, sabiendo que eso puede acarrear más problemas que beneficios.

Por último, hace falta también audacia para animarse a sintetizar una obra que no puede ceñirse a una sola disciplina, pero que — por razones que no cabe exponer acá — tampoco es propiamente inter, trans ni multidisciplinaria. La obra de Kusch es profunda y

cabalmente indisciplinaria y, por ende, era necesario abordarla desde una metodología indisciplinaria. No cualquiera tiene la capacidad para hacerlo bien ni la audacia necesaria para animarse.

Conocí a Roberto Esposito en Maimará hace algo más de un lustro. Desde entonces, intuí que era la persona necesaria para escribir este texto necesario. Seguramente cuando usted termine de leer este texto concordará conmigo.

Introducción

Este breve volumen subtítulo *Una invitación* está dirigido a lectores no familiarizados con el pensamiento del filósofo argentino Gunter Rodolfo Kusch. Con ese fin, esta publicación comienza con un bosquejo de su vida y de su obra como portal de ingreso al pensamiento de uno de los intelectuales más originales de Nuestra América, a veces conocido como “el filósofo de Maimará”.

Es una invitación porque el objetivo aquí es iniciar al lector en un camino de exploración que lo incite a emprender su propio periplo de lecturas de la obra de este autor. Con ese fin, acompañan esta invitación dos partes más.

La primera de ellas se titula: *Kusch, en sus propias palabras*, donde se reúnen una serie de citas del autor, extraídas de programas radiales, artículos y de sus ocho libros: *La seducción de la barbarie* (1953), *América profunda* (1962), *Indios, porteños y dioses* (1966), *De la mala vida porteña* (1966), *El pensamiento indígena y popular* (1970), *La negación en el pensamiento popular* (1975), *Geocultura del hombre americano* (1976) y *Esbozo de una antropología filosófica americana* (1978). Con estas citas, el lector podrá iniciarse por el universo de Kusch, donde descubrirá su particular estilo, de vez en cuando altamente literario, con brillos poéticos y de una profundidad erudita extraordinaria.

A esto le sigue una segunda parte: *Kusch, en otras palabras*, donde se reúnen penetrantes y esclarecedoras valoraciones sobre el aporte del pensamiento de este valioso intelectual. Estos iluminadores juicios han sido seleccionados tanto por las contribuciones de destacados estudiosos de su obra como por quienes lo conocieron personalmente y tuvieron un trato profesional y amistoso con él.

El libro se cierra con una bibliografía de la obra de Kusch, así como con otra de publicaciones citadas y recomendadas para el lector, que incluye dos documentales sobre el autor, con sus respectivos enlaces en YouTube y Vimeo.

El momento en que hicieron su aparición la obra y el pensamiento de Kusch —a mediados del siglo pasado— significó el comienzo de una ruptura con un complejo de inferioridad que inhibía a la intelectualidad argentina y latinoamericana.

Este complejo consistía en rendir homenaje y tributo al templo de la filosofía europea configurada entonces, como ahora, por las cátedras universitarias de filosofía. Salvo contadas excepciones, este atrevimiento —como veremos— conllevó el ostracismo de su obra y de su pensamiento en los ámbitos universitarios, que solo ahora, entrada la nueva centuria comienza a amainar.

Invitamos al desocupado lector a comenzar este viaje por la vida, la obra y el pensamiento de Rodolfo Kusch, el cual esperamos le abrirá la oportunidad de descubrir una nueva mirada de Nuestra América y del mundo, desprendiéndose de las anteojeras recibidas en forma de ideas hechas.

1. Rodolfo Kusch, una invitación

Vida y obra

Los escritores no tienen biografía, su vida es su obra.

Hombre heterodoxo, Gunter Rodolfo Kusch fue docente y viajero, filósofo y antropólogo, políglota, poeta y dramaturgo, cronista fotográfico y escucha incansable del pueblo humilde. Su vida fue tan intensa como múltiple, en la que se dio esa rara unión entre pensamiento y acción.

Kusch hizo suyo el llamado que anunciaba el cubano José Martí en su cenital ensayo *Nuestra América* (1891), cuando convocó a las nuevas generaciones de intelectuales americanos a emprender un verdadero descubrimiento y apreciación del continente mestizo. Descubrió así Nuestra América luego de un extenso y lapidario encubrimiento oficial hacia los pueblos de la América profunda y de desprecio a sus culturas, desde la época colonial a la neocolonial, a partir del mismo momento de la independencia política de nuestras naciones.

A este llamado contestará Kusch; y éste será el hilo dorado que unirá su vida y su obra.

En su afán por encontrar y articular un pensamiento filosófico americano propio, Kusch reubicó y reclasificó a los desclasificados de Nuestra América: a indígenas y mestizos, a los habitantes de barrios populares de las grandes ciudades y al campesinado criollo del interior. Apreció su manera de vivir y hablar, y con ello sus valores morales y éticos. Redimensionó la religiosidad que cobijan y practican estos pueblos en su profunda relación emocional con el mundo y la naturaleza que habitan. Enalteció sus ritos, costumbres y expresiones culturales, tanto musicales como literarias, que conforman el riquísimo tejido de la cultura popular nustramericana. De todo ello extrajo modos de pensar que le sirvieron de abono para plasmar sus categorías filosóficas y creaciones artísticas.

En esta búsqueda por el pensamiento vivo de los pueblos americanos, absolutamente ajena a la tradición liberal-positivista del claustro académico, Kusch se posicionó asimismo a contrapelo de la extensa formación cosmopolita de la burguesía intelectual argentina. En este peregrinaje desplegó en su obra el enigmático pensar americano hecho filosofía. De ahí que su largo periplo sea un eco de la canción de Violeta Parra, al transitar por ciudades y charcos, playas y desiertos, montañas y llanos del territorio americano.

En ese constante andar por suelos y cumbres nuestroamericanas, su vida personal fue un constante interpelar que se aunó con sus indisciplinadas investigaciones, su vivir sintiendo, un pensar razonando y un *estar-siendo* en una práctica de vida cotidiana, enfrentada a los embates y desafíos del diario vivir. Su vida no fue ajena a los torbellinos de la historia que le tocó atravesar y sufrió con su familia las injusticias e inclemencias contra las cuales sus trabajos, ideas y obras debían medirse y sobreponerse para poder subsistir.

Su hondo pensamiento es también un genuino testimonio que emerge de ese extenso andar, cohabitando con comunidades en los rincones más remotos de la puna andina del noroeste argentino, así como en tierras bolivianas y peruanas. Asimismo, su habilidad por sintonizar con el carácter, el lenguaje y el pensar de los habitantes marginados de las ciudades se debe a su inmersión en la cultura popular suburbana.

Kusch plasmó toda esta experiencia anclándose en un principio vivencial fundamental que hizo suyo, del cual emana una universalidad humana existencial: “existo, luego pienso”. Esto hizo posible un desprendimiento de las abstracciones intelectualizantes del humanismo eurocéntrico que objetivan a la persona concreta y hacen posible el desprecio por el otro.

Su filosofar, entonces, está constituido por una profunda intuición de la cual se desprende una lógica que pone patas para arriba la piedra basal de la razón cartesiana (“pienso, luego existo”), fundamento de la modernidad occidental, y férula de los últimos cuatrocientos años. Su intuición está fundamentada en la ardua experiencia del vivir cotidiano americano, con todas las negaciones y desafíos que ello supone.

La elección que hizo nuestro autor por un camino a contrapelo de las disciplinas comúnmente aceptadas en el ámbito académico universitario, despertó sospechas y cuestionamientos, pues ir a contracorriente de la cátedra académica explica su abordaje multidisciplinario —o más bien indisciplinado— de la realidad americana no contemplada por la tradición intelectual europea. Su abordaje de Nuestra América, en definitiva, conllevó desprenderse de parámetros y patrones colonialistas entroncados en las corrientes intelectuales liberales dominantes.

Kusch supo plasmar su pensamiento en un lenguaje propio y genuino, con una voz intimista. Su narrativa posee destellos poético-filosofantes, fraguada de sus lecturas en el original de los grandes poetas y filósofos centroeuropeos (Novalis, Friedrich Hölderlin, Friedrich Nietzsche, Nicolai Hartmann, Max Scheler, Carl Gustav Jung, Oswald Spengler, Martin Heidegger); lo que aparece aunado a categorías filosóficas tomadas de lenguas indígenas (quechua y aymara), así como del lunfardo de los barrios suburbanos imbuidos de la metafísica tanguera de Buenos Aires.

Su sólida formación académica de intelectual de clase media, junto a su indisciplinado abordaje de la problemática americana, hizo posible que se produjera en Kusch un gradual cuestionamiento y desaprendizaje que le brindó la libertad y la oportunidad de formarse como investigador independiente, quebrando así con los moldes académicos formales. Dicha formación le dio la capacidad de poder elegir y seleccionar un abordaje fecundo de la realidad americana, permitiéndole emplear múltiples enfoques y herramientas de análisis, desde el trabajo antropológico de campo y la psicología al detenido estudio del lenguaje popular y los idiomas indígenas mediante la filología y la lingüística, todo ello unido a la profunda reflexión filosófica y a la historia de las ideas.

La cosa vivida impregna su filosofar, hilvanada con una narrativa en la que se entretujan distintos estilos y géneros literarios, donde cohabitan crónicas de viajes, confesiones

intimistas, reflexiones sobre ritos de comunidades andinas o expresiones lingüísticas del mundo urbano porteño. En su conjunto, todo ello convida al lector a desandar por los caminos de su pensamiento y por los paisajes de sus viajes. Es por esto que el pensamiento de Kusch no ha perdido su frescura y brillo, que hoy atrae adeptos.

De ahí que Kusch fue una figura descollante, hereje e intelectual maldito, de un magnetismo irradiante típico del investigador independiente y decidido, capaz de sobreponerse a obstáculos mayores. Se atrevió a cuestionar y poner a prueba convencionalismos del saber y de la praxis académica, cualidades y virtudes atrayentes en una actualidad donde la educación universitaria ha sido decididamente anonadada e instrumentalizada, reducida a un fin utilitario, que apunta al puesto asalariado y que reduce el cultivo del pensamiento profundo a un segundo o tercer plano.

¿Quién fue este hombre audaz y original?

Gunter Rodolfo Kusch nació a las 18:45 en Buenos Aires, el 25 de junio de 1922. Fue el hijo único de Ricardo Carlos Kusch y de Elsa María Dorotea Tschunke de Kusch, oriundos ambos de Alemania. El padre fue contratado por una empresa germana de suministro de electricidad en la capital argentina y ambos llegaron al país rioplatense poco después de haber terminado la Primera Guerra Mundial. El hogar del pequeño Gunter estuvo inmerso y embebido de la lengua y la cultura alemanas. Veterano del conflicto europeo, su padre era ingeniero y un políglota de una vasta cultura.

En 1926 Ricardo Carlos sufrió un trágico accidente en la empresa donde trabajaba y murió súbitamente después. Con cuatro años el niño quedó sin padre y la familia entró en un periodo de dificultad y precariedad económica, característica que talló su vida. A pesar de esta situación, madre e hijo no regresaron a Alemania, ya que este país padecía en la posguerra las penurias impuestas por los aliados en el Tratado de Versalles. Todo esto desembocó luego en la larga noche del nazismo y en otra guerra fratricida en la que sucumbió el continente europeo.

Con amor y tenacidad, Elsa cuidó y educó a su hijo en el precario periodo de los años 1930's llamados "la Década Infame". El escolar Gunter comenzó su educación primaria en el colegio alemán Cangallo Schule (actual Escuela Cangallo, calle Juan Domingo Perón, en el barrio de Once); lo que hizo que su formación, tanto intelectual como emocional, estuviera cincelada por la lengua, la cultura y la literatura alemana en la cosmopolita Buenos Aires. Más tarde continuó su educación en una escuela primaria pública. Llevó a cabo los estudios secundarios en el Colegio Nacional N° 6 "Manuel Belgrano".

Casi toda su vida en Buenos Aires transcurrió en el barrio de Balvanera. Antes de marcharse definitivamente a Maimará, en la Quebrada de Humahuaca, en 1976, su casa

estaba situada en la calle Cangallo (actual Juan Domingo Perón) 2646, 1º, 15. Kusch era un porteño de pura cepa, de la zona del Once.

Tras terminar la secundaria; Kusch inició ingeniería en la Universidad de Buenos Aires, carrera que luego abandonó, causando la consternación de su madre. Ésta fue la decisión ejemplar de un joven con inquebrantable voluntad dispuesto a forjar su propio destino y a rechazar, para ello, las ambiciones y las expectativas predeterminadas a la que todo hijo de inmigrantes debía aspirar. O sea: la seguridad de un respetable puesto de trabajo que le permitiera alcanzar un ansiado estatus social. Este sueño de la cultura popular inmigrante fue representado en la obra teatral, *M'hijo el doctor* (1903) de Florencio Sánchez.

Kusch decidió cambiar de carrera y se dedicó a estudios de filosofía en 1942 en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma institución. En 1948 se graduó con el título de Profesor de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Filosofía.

El mismo año de su graduación, en enero, contrajo matrimonio con Delia Ada Pecce, hija de inmigrantes piamonteses italianos de oficio panadero. Ambos frecuentaban asiduamente el ambiente teatral porteño en un momento en el que Kusch buscaba en ese medio creativo expresar artísticamente sus ideas y obsesiones temáticas. Al año siguiente, fruto de este matrimonio, dieron luz a su hija María Florencia (1949-2022). Unos años más tarde esa unión matrimonial se disolvió amigablemente. Tras la separación, Kusch contrajo matrimonio en 1964 con quien fue su compañera de viajes en la puna y con quien vivió el resto de su vida: Elizabeth Lanata (1936-2019). Con ella tuvo dos hijos: Huari y Rodolfo.

Más allá del claustro universitario, la formación intelectual de Kusch se debe tanto a su extracción germana como al ámbito social y cultural de Buenos Aires de las décadas de 1940 y 1950 del siglo pasado, en las que el país experimentó una profunda transformación por el potente protagonismo reformador del primer peronismo (1946-1955). El justicialismo de Juan Domingo Perón moldeó al país como ningún otro movimiento popular lo había hecho en otras partes de Sudamérica. Su influencia e impacto cultural y político persisten hasta hoy.

En esta época la “Reina del Plata” era el gran epicentro cultural y cosmopolita del mundo hispanohablante, donde la vida cultural de la ciudad se anidaba en teatros, salas de conciertos, cines, librerías y cafés, generando una energía cultural incomparable en otras ciudades del ámbito latinoamericano de la época.

Buenos Aires era la más alta expresión de la modernidad cultural europeizante en suelo sudamericano. “Cosmopolitismo” aquí es sinónimo de cultura moderna europea, cuya mayor manifestación era la revista *Sur*, de Victoria Ocampo, que no sólo era el órgano desde el cual se difundía la modernidad cultural, intelectual y literaria europea, sino que también servía como medio para encauzar al intelectual argentino por los sólidos patrones de la formación europea a la que la élite letrada aspiraba. París era la meca de

todo joven intelectual. Para obtener tal estatus, el rito de pasaje consistía en hacer una pasantía en la Ciudad de las Luces.

Ésta es también la formación intelectual de Rodolfo Kusch en esa época, pues coincide con tal tradición europea. Es a partir de esa base sobre la que pudo montar su heterogénea actividad intelectual, así como su creatividad artística. Y fue a esta corriente, sin embargo, a quien le contestó al construir su original manera de formular y articular un pensamiento propio situado en América.

El joven Gunter, como lo llamaban sus amigos, creció y se nutrió de este periodo especialmente fértil y creativo de la vida intelectual y cultural de la capital argentina. Participó asiduamente en la corriente del “revisionismo histórico” que cuestionaba las ideas-fuerza en las que se había fundado la argentina liberal, especialmente en un momento en el que la civilización europea había perdido su brillo y su pretensión de ser ejemplo tras la Segunda Guerra Mundial. Era hora de descubrirnos a nosotros mismos, de emplear otras categorías no exclusivamente eurocentradas: allí radicaba el desafío.

Aparecieron publicaciones en las que participó Kusch, donde se inquiría y debatía acerca de cuestiones vinculadas a la historia oficial liberal-positivista, la identidad nacional y la situación del país en el continente americano y en el mundo: *Contorno, Centro, Las Ciento y Una, La Gaceta Literaria, Verbum*, entre otras. Estas eran publicaciones de variadas tendencias políticas e ideológicas, que iban desde el marxismo sartreano al nacionalismo católico.

Una dimensión sumamente importante en Kusch era su condición de hijo de inmigrantes, lo que le confería la cualidad de vivir entre dos idiomas y culturas, tanto desde una perspectiva lingüística como emocional e intelectual. Su conciencia crítica lo ubicaba además fuera de contexto, llevándolo a rechazar los valores y los patrones de la clase social a la que pertenecía, e incluso aquellos propios de la clase a la que aspiraba todo hijo de inmigrantes.

La postura crítica de Kusch le impidió asimilarse totalmente a los ideales de la argentinidad, configurados según los patrones ideados por los padres fundadores liberales: Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Julio Argentino Roca, Bartolomé Mitre, según quienes el país debía apuntar a la civilización y al progreso según los patrones europeos, despojándose de la cultura autóctona que estos eurófilos habían rotulado y clasificado de “barbarie”. Su postura crítica hacia el sueño del inmigrante que llegaba a Argentina para conseguir un alto estatus social y asegurarse así un enriquecimiento material es otro ejemplo de esta conciencia crítica que ubicaba a Kusch fuera de lugar con respecto a los valores dominantes meritocráticos y a las fuertes presiones sociales de asimilación cultural.

Walter Mignolo (2010) llamó “conciencia de inmigrante” a esta condición que le brinda a la persona —que habita tal situación— la capacidad de sopesar críticamente la circunstancia de la existencia americana. O sea que la reproducción y la prolongación hasta el presente de las instituciones tomadas de las metrópolis imperiales europeas

(Madrid, Londres, París) en los países poscoloniales tienen la función de mantener la condición colonial, reproduciendo continuamente esos mismos patrones mentales y sensibilidades de clase media eurocéntricos.

La obra y el pensamiento de Rodolfo Kusch aparecieron a mediados del siglo pasado, cuando el modelo argentino de modernidad moldeado según los patrones del positivismo anglo-francés y las estructuras socio-económicas propias del país agro-exportador entraron en crisis. Esta situación generó un malestar generalizado en la sociedad. Los ideales de una Argentina próspera, autodefinida racialmente blanca con su epicentro en la capital porteña y apoyada por una oligarquía terrateniente liberal e ilustrada, pero no ajena a impulsos autoritarios, perdía su legitimidad. Asimismo, el pensamiento de Kusch coincidió en este país y en el resto del continente americano con el surgimiento de movimientos políticos y sociales de tendencias nacionalistas y populares que cuestionaban los relatos construidos desde el siglo XIX y que tenían como meta al modelo desarrollista liberal-capitalista de Europa occidental y de la órbita anglosajona.

Se debe enfatizar que el proyecto social, cultural, político y económico argentino de la llamada "Generación del 80" aspiraba a que, con el ingreso masivo de inmigración europea, su conformación cultural y racial fuese homogéneamente blanca. Esta fórmula de ingeniería social proponía que la inmigración europea inoculara al país sudamericano contra el mestizaje racial y cultural con las poblaciones indígenas y afroamericanas, que irían desapareciendo, garantizando así un blanqueo racial que constituiría un faro de esperanza blanca de progreso humano en el cono sur. Estas políticas pretendían imitar al trayecto de las naciones más "avanzadas". Los vocablos "civilización" y "progreso" eran sinónimos de Europa occidental, así como de Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda.

No obstante, la difusión por todo el mundo de las atrocidades cometidas por las naciones europeas en su propio suelo durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), así como el uso por parte de Estados Unidos de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki, hicieron evidente la destrucción y la bancarrota de la civilización y del humanismo europeo. La abominable violencia a la que se entregaron las naciones del continente supuestamente más civilizado del mundo, según sus propios patrones, hizo palpable que los actos de exterminio perpetrados por sus habitantes fueran ecos de aquellos otros cometidos por las naciones imperialistas europeas a lo largo de casi quinientos años sobre los pueblos de América, África, Asia y Oceanía en nombre de la civilización occidental.

Este orden de cosas hizo posible la aparición de intelectuales y movimientos populares antimperialistas y anticolonialistas con recobrado ímpetu desde la década de 1950's. En

la órbita anglosajona se hizo evidente que la intencionada misión civilizatoria en sus colonias, la llamada “carga del hombre blanco”, era solo una máscara que encubría un feroz y explotador imperialismo liberal. A raíz de este contexto, había en Kusch una preocupación profundamente existencial que motivaba su proyecto intelectual. Esto se debía seguramente al sentimiento de orfandad que sentían las capas medias cultas, y en especial de la segunda generación de inmigrantes allegados al Río de la Plata, al ser testigos desde Sudamérica del derrumbe del humanismo europeo tras el conflicto bélico que causó ochenta millones de muertes.

Quizás se preguntaba Kusch qué podría ofrecer el humanismo europeo luego de haber hecho trizas sus propios principios fundantes, cuando emprendió su propio camino tras otra humanidad, hacia otra manera de pensar y vivir.

Las preocupaciones e inquietudes de Kusch pretendieron asumir una problemática que mantenía en vilo, en las décadas de 1950 y 1960, a la comunidad intelectual latinoamericana: ¿existe en América una filosofía propia? Para el lector de hoy esta pregunta puede resultar curiosa y hasta desconcertante, y seguramente contestaría en afirmativo. No obstante, en la academia y en amplios sectores intelectuales persiste la duda de que haya una filosofía americana, dado que el consenso de la disciplina de filosofía afirma que ésta tiene su origen, y que por tanto solamente se practica, en Europa.

El peruano Augusto Salazar Bondy abordó dicha cuestión en su ensayo *¿Existe una filosofía de Nuestra América?* (1968). Por otro lado, el mexicano Leopoldo Zea se aproximó a esta problemática en *La filosofía americana, como filosofía sin más* (1969). Ambos señalaron la apremiante necesidad de un filosofar genuino que aspire al cambio y que quiebre con la condición de subdesarrollo y dependencia del continente americano. Otros filósofos, como Enrique Dussel y Arturo Andrés Roig, hicieron su aporte con la llamada “Filosofía de la Liberación” con el fin de afrontar y superar las estructuras históricas de injusticia social que caracterizan la presencia del legado colonial en América, como expresión de un filosofar en esta parte del mundo.

Como veremos, para abordar estos interrogantes Kusch eligió otros caminos que lo condujeron por vías que buscaban hallar sujetos y expresiones vivas del pensar americano, en el pueblo, y no exclusivamente en la actividad intelectual y libresca del pensamiento abstracto.

La reverencia por la filosofía europea, así como las contiendas en el siglo XX entre las corrientes del liberalismo y el marxismo, moldearon el pensamiento y el panorama político americano. Todavía hoy en Argentina y Latinoamérica, especialmente en la academia, persiste con vigor la reverencia por este pensamiento. La gesta filosófica de Rodolfo Kusch es tan original e importante porque inicia un cuestionamiento a la centralidad de la filosofía moderna.

Su singularidad consiste, en primer lugar, en asumir el hecho de que, como egresado universitario, a lo largo de su formación filosófica, había adquirido una serie de conocimientos, ideas y herramientas conceptuales que tenían poco que ver con la

condición y la situación que enfrentaba el pueblo americano. Es decir, Kusch comenzó a darse cuenta de que todo pensamiento está configurado y estructurado por un lugar y un contexto dados, y de que la llamada “universalidad” de la filosofía europea podía ponerse en duda. Mas aún, la filosofía europea moderna, con sus raíces en el Renacimiento y pasando luego por la Ilustración y la era imperial decimonónica liberal-positivista, sirvió para empadronar un orden mundial, hecho de sensibilidades y presupuestos, conocimientos y acciones que jerarquizan una idea de humanidad en cuya cúspide se posiciona al hombre europeo como el más avanzado de la especie.

Kusch se había dado cuenta de que el conocimiento de la realidad americana no lo iba a poder adquirir única y exclusivamente en el claustro universitario, en los archivos y en los libros de la biblioteca. Para llegar a descubrir y conocer íntimamente al continente y a su gente tenía que, en parte, desprenderse del ámbito académico. Para descubrir si había un pensamiento o hasta una filosofía americana que correspondiera a un modo de pensar americano y a sus formas de vida, tenía que ir a buscarlo fuera de la cosmopolita Buenos Aires, con sus círculos de eruditos en los cafés literarios de la calle Corrientes. Esto implicaba alejarse de la neurosis intelectual porteña. De ahí entonces el coraje de este hombre, pues su mirada no se dirigió hacia el Atlántico Norte con el propósito de pensar el malestar argentino (o americano), y hasta universal, sino que giró su búsqueda y su mirada hacia el mundo del interior, indígena, en la puna andina.

Kusch se encaminó en un peregrinaje casi inaudito y descomunal tras las profundidades de la ontología americana. Así, comenzó a quebrar con una tradición intelectual centrada en la ciudad, ya que Kusch se dirigió a la no-ciudad, a la campiña, aventurándose y apostando a trazar las raíces de un pensar americano. Su gesta era inaudita en un país tan eurófilo como la Argentina.

Comprometido en esta búsqueda, a contrapelo de las convenciones intelectuales y académicas de ese momento, su actuar demostró la audaz tarea de un individuo que no dependía del apoyo institucional, pues lo motivaba una corazonada, una intuición de hallar quizás la existencia de otra humanidad en los lugares menos sospechados del continente y del mundo.

Las palabras “giro” o “viraje” son determinantes aquí, porque el salto que efectuó Kusch se asemeja a una conversión, sembrando un efecto contagioso en la mente de sus lectores. Fue un cambio no sólo al nivel de la crítica intelectual sino también de los sentimientos y las subjetividades que gobiernan las conductas y sensibilidades de la sociedad moderna. La proeza que emprendió este hombre también fue un retorno a la tierra, al aposento del terruño, porque —en gran medida— la formación hecha de ideas y abstracciones intelectuales venidas de otro lugar no eran propias de América. Es por ello que su vuelta

hacia la tierra, al paisaje y los pueblos del interior americano supuso compenetrarse tanto de lo ignorado y lo menospreciado como de aquello que había sido encubierto.

Según lo entendió Kusch, la búsqueda por un pensar americano conlleva someterse a un autoexamen que identifique en uno mismo los patrones, supuestos y prejuicios que hemos recibido con el propósito de enfrentarlos y despojarnos de ellos. Es lo que hoy se llama “el proceso descolonial de desaprender”. Se trata de un camino difícil, minado de ambigüedades. Es por ello que, en sus pesquisas y reflexiones de la América profunda, nuestro autor puso énfasis en la interioridad psicológica como clave para comprender y entrar en el ámbito indígena, mientras que, en nuestro mundo moderno y desarrollado, todo es exterioridad.

En pos de esta meta, muchos tramos de la obra de Kusch poseen giros literarios con destellos poéticos de una asombrosa lucidez y profundidad, que son ecos de experiencias vividas. Son asimismo inquietantes ensimismamientos cuyas resonancias éticas arrojan un haz de luz tanto sobre la sociedad de su momento como a la del lector actual que lo lee hoy. Para lograr esto, Kusch recurrió a una técnica narrativa donde introdujo un “nosotros” para dirigirse al lector, invitándolo a ser partícipe de sus indagaciones que rozan en lo psicológico y que abren confesiones sobre nuestra formación ética. De esta manera puso a prueba la estructura conductual y ética en las sociedades modernas hegemónicas por un horizonte simbólico que ceban la codicia y el consumo de cosas en una carrera hacia la felicidad sin fin.

La vida y la obra de Rodolfo Kusch, su pensamiento y creaciones artísticas, coinciden con las décadas de mayor intensidad conflictiva en la política argentina: 1950, 1960 y 1970. Esta periodización nos ayuda a comprender cómo y por qué él respondió a ese panorama con un pensamiento original y tan singular en estas décadas en las que el diálogo y el pensamiento medido y pausado estaban siendo desplazados por grietas políticas sin cuartel.

El Estado estaba siendo secuestrado por el autoritarismo castrense que intervenía con regularidad en la vida civil del país, mientras que las ideologías políticas, tanto de derecha como de izquierda, estaban abocadas cada vez más a la violencia de la acción armada para enfrentar los desafíos sociales y económicos. Todo ello creaba un ambiente encrespado en la sociedad civil, dominado por la sordera, así como una retórica de política acalorada de estridentes invectivas que en los años 1970 desembocó en el averno del terrorismo de la “guerra sucia”.

Es en ese periodo de treinta años que Kusch llevó a cabo sus extensos viajes por la puna andina, produjo con intensa labor su obra sin par y desempeñó su actividad docente e

intelectual, impartiendo sus conferencias y seminarios a lo largo y lo ancho del país, así como en Bolivia, Perú, y hasta en México.

En 1953 Kusch publicó su primer ensayo de intensa reflexión, *La seducción de la barbarie*. Comenzó a consolidar su creación artística con la redacción y la puesta en escena de obras de teatro. Este libro, subtítulo *Análisis herético de un continente mestizo*, es un ensayo que, por su título, fue una réplica al clásico texto del pensamiento liberal argentino y latinoamericano de uno de los autores que construyeron la Nación: *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas* (1845), de Domingo Faustino Sarmiento.

Al contrario del canónico texto sarmientino que lamentaba el mestizaje racial y mental americano, Kusch sostuvo que era inútil querer cercenarlo y que, por lo tanto, hay que asumir dicha condición y aceptar la conformación singular de Nuestra América. Hasta que en América no se acepte la mentalidad mestiza americana, argumentó, persistirá esa tensión y malestar de querer ser lo que no somos, ya que los sectores medios viven en la angustia auto-descalificadora de querer ser como ingleses, alemanes o franceses. En el momento en el que Kusch estrenó estas ideas en la culta y sofisticada Buenos Aires, su publicación no sólo fue un acto disidente, sino, más aún, todo un exabrupto.

Las obras de teatro de Kusch que aparecieron entre fines de los 1950 y comienzos de los 1960 reunían características que daban voz a personajes suburbanos y caudillos provincianos. Las obras *Tango* (1956) y *Credo Rante* (1958) desarrollaban sus tramas en las esferas marginadas del ámbito urbano de la capital; mientras que *La leyenda de Juan Moreira* (1959) y *La muerte del Chacho* (1961) abordaban temáticas históricas del mundo rural y provinciano que representaban el núcleo de conflictos sociales y políticos cuyas resonancias tenían eco en el presente. En su última obra teatral titulada *Cafetín* (1966) Kusch empleaba voces del habla popular urbana para retratar un periodo donde los personajes en los márgenes suburbanos de la gran ciudad eran interpelados por el trasfondo político e histórico que transformó al país con el protagonismo del primer peronismo.

Todas estas obras, de algún modo, responden al ensombrecido panorama que siguió al golpe militar que derrocó al gobierno de Juan Domingo Perón y que tuvo repercusiones en las décadas subsiguientes. Asimismo, esta última obra teatral fue un intento por articular una metafísica del mundo suburbano desde el espacio simbólico del café; es decir, es una “metafísica del café” como aposento de amparo del ciudadano desde el cual se sumerge en meditaciones sobre la vida citadina.

A partir de 1958 Kusch comenzó sus viajes en tren al noroeste argentino, a la puna de Salta y Jujuy, que continuó a inicios de los 1960 más allá de la Quebrada de Humahuaca, en las zonas más recónditas del altiplano boliviano y peruano. En estos viajes, equipado

de una grabadora a cinta y de su máquina fotográfica, registró las entrevistas e historias de los informantes indígenas sobre ritos, costumbres, dichos y cantos, expresiones y habla en aymara y quechua.

Con el tiempo, nuestro autor acumuló un importante acervo de documentación sonora y fotográfica de un mundo y su tiempo que, visto hoy con retrospectiva, iba desapareciendo bajo la imponente fuerza de la modernidad a la que estos pueblos se resistían cobijados en la altura y en los valles.

Es necesario aquí hacer un breve inciso para dar cuenta de lo que implicaba hacer el viaje en las décadas de 1950 y 1960 desde Buenos Aires, en tren, hacia el rincón andino de la Quebrada de Humahuaca, en la provincia de Jujuy, hasta llegar a La Quiaca, colindando con Bolivia, a casi tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar. En estas tierras, las alturas raspan con el sol brillante y el cielo azul. Aquí se hace escaso el oxígeno y, para ahuyentar el apunamiento (soroche), hay que masticar coca: hoja sagrada para los pueblos milenarios de la Puna.

Sinuosas carreteras de tierra que caracolean por cerros hacia cumbres sin fin. Paisajes pintados en tonos multicolores por las pinceladas del viento, la poca lluvia y los esparcidos movimientos sísmicos que hacen que las piedras y los cerros tiemblen y rujan con voces roncadas, retumbando en los valles. Así, las rocas hablan. El silbido del viento quiebra el silencio ensordecedor.

En esos tiempos llevaba dos días viajar en tren desde la estación porteña de Retiro a Tilcara. La línea ferroviaria seguía hasta La Quiaca y continuaba hacia el interior boliviano. La película *Los dioses ajenos* (1958), de Román Viñoly Barreto, comienza con escenas panorámicas del tren con un breve testimonio fílmico de este viaje que se pudo realizar hasta la década de 1990. Los pueblos ancestrales, habitantes de este entorno monumental, áspero y agreste, son vistos en este largometraje con la mirada exotizante y redentora del capitalino porteño.

De vuelta en Buenos Aires, entrada ya la década de 1960, encontramos a Kusch abocado a una intensa labor docente en la Escuela de Bellas Artes Prilidiano Pueyrredon (hoy Universidad Nacional de las Artes). Además de consolidar su actividad antropológica de campo, difundió dicha experiencia en este mundo mediante emisiones radiales en el programa *Taller de la palabra*, de Radio Nacional. Vertió todo este trabajo, además, en numerosos seminarios, conferencias y artículos de revistas, así como en la publicación de importantes volúmenes donde se expuso con profundidad sobre un pensamiento que estimó genuinamente americano.

El fruto de sus andanzas e interacciones con la gente del altiplano, de su trabajo de campo antropológico, ocasionó publicaciones sumamente significativas para el desarrollo de su pensamiento y su difusión. *América profunda*, de 1962, es considerada su obra cumbre, ya que es aquí, como veremos, donde Kusch comenzó a desplegar el eje central de su pensamiento en dos categorías filosóficas, éticas y conductuales: *mero estar y ser alguien*.

La primer categoría encapsula al mundo precolombino y la segunda define al mundo de la modernidad europea desde el siglo XVI, es decir, desde la conquista de América en adelante. Estos mundos viven en tensión y conflicto desde la llegada del europeo, y a lo largo de estos últimos quinientos años se han producido procesos de mestizaje cultural e hibridez mental que se manifiestan en Nuestra América en forma consciente e inconsciente.

A pesar de que la situación política se agudizó en 1966 con el golpe militar encabezado por el general Juan Carlos Onganía, que dio paso luego a la represión universitaria en la “noche de los bastones largos”, la vida creativa y múltiple de Rodolfo Kusch en la década de los 1960 nos muestra que no se dejó trancar por la conflictividad de ese periodo. Nuestro autor no se mostró ajeno a los cimbronazos políticos en Argentina y en el resto del continente, desencadenados en parte por los impactos de la revolución cubana. Sin embargo, sus pesquisas estuvieron encausadas por otros derroteros en su meta por articular un pensar desde América.

Las dos publicaciones de 1966, producto de sus periplos por el altiplano andino, así como de sus peripecias por las calles y los barrios de la periferia porteña, fueron: *Indios, porteños y dioses* y *De la mala vida porteña*. Ambos nacieron de programas radiofónicos emitidos entre 1963 y 1965, iniciados en Radio Nacional en los programas *Taller de la palabra* y *Lo que Somos*, y luego en Radio Municipal de la ciudad de Buenos Aires. Además, estos libros agrupan escritos extraídos de una serie de conferencias que Kusch había impartido en junio y julio de 1963 en la Sociedad Hebraica Argentina.

En *De la mala vida porteña* Kusch desplegó las reflexiones que se desprendían de su trabajo de campo en el mundo suburbano de Buenos Aires: los barrios populares, la vida cotidiana del hombre en la gran ciudad, el lugar del café como morada donde el ciudadano común y corriente encuentra cobijo para meditar sobre la vida y el paso del tiempo en medio del torbellino de la vida moderna.

En un momento, cuando Buenos Aires disfrutaba de ser una de las capitales más modernas y sofisticadas de Sudamérica, Kusch inquirió por la presencia de hombres y mujeres del interior, y de cómo intentaban preservar su modo de vida y sus ritos en el anonimato del mundo suburbano. Por otro lado, retrató también al hombre que se entregaba a la acelerada vida laboral para sobrevivir en la gran ciudad. Aquí destacó que había que hacerse duro para subsistir en una sociedad donde la adquisición de cosas se había transformado en un valor supremo para alcanzar el éxito y la felicidad.

Además, expuso incisivamente las conductas diarias que expresaba el ciudadano medio mediante la examinación de expresiones como *salir el indio*, *dejarse estar*, *ser empleado* y

estar empleado. En la ciudad el individuo pierde su vínculo íntimo con la tierra, ya que la vida moderna urbana conduce a una relación distante y desvinculada del suelo del cual venimos y al que retornaremos.

Para el lector o la lectora que se inicia en la lectura de Kusch, *Indios, porteños y dioses* es el libro con el que se puede ingresar en el mundo propio de este autor. Es una publicación escrita en forma amena, hecha para un público de radioescucha. Es un buen acompañante de *América profunda*. Recopila veintiún textos que abarcan impresiones y elucubraciones de sus viajes centrados primero en el altiplano andino, donde contrapone su experiencia en la puna con la vida en la gran ciudad de Buenos Aires. Estos breves textos se asemejan a postales de viaje. Están caracterizadas por ser un cruce entre crónicas y memorias, y generalmente abren con la descripción de un episodio o percance intercalado con observaciones y meditaciones filosóficas.

Indios porteños y dioses junto a *De la mala vida porteña* nutrieron creaciones audiovisuales de corte vanguardista entre 1968 y 1971, cuando Kusch retomó la expresión artística performativa con el uso de un medio muy original, híbrido, hecho de imágenes (fotos, diapositivas) y con un guion: un tipo de relato armado de imágenes fotográficas al estilo de la fotonovela y a veces con una voz en off acompañada de música. Kusch las nombró “puchometrajes”, pues en la producción de largometraje son cortes de film que restan sin usar y de los cuales se pueden armar pequeños cortometrajes. En este periodo creó composiciones audiovisuales tituladas: *Hacerse el oso, Los Verdugos, ¿... y yo?*

Todas estas creaciones tuvieron una constante búsqueda por una estética nueva, híbrida, donde nuestro autor inquirió por el sentido de la vida urbana desde el recinto simbólico del café, el mundo rural y, en *Los verdugos*, hasta incurrió en la historia colonial. Estas creaciones artísticas generalmente tuvieron como protagonistas al hombre de la calle, la figura que interpreta y da voz al hombre común y corriente, quien expresa sus reflexiones sobre la vida y el paso del tiempo desde los márgenes de la sociedad.

Aquí vemos que este heterodoxo filósofo y artista experimentó con distintos medios para explorar y transmitir al público que el pensar no es exclusivamente el dominio de filósofos de la academia, sino un quehacer cotidiano de la mujer y del hombre tanto del ambiente urbano como del mundo rural. Los pensamientos de seres anónimos hacia su yo profundo responden a su sufrimiento, al arduo trabajo de vivir y enfrentar adversidades.

A comienzos de la década de 1970, Kusch intensificó su trabajo y su producción intelectual, que coincidió con un proceso de democratización en el país, aunque, mientras avanzaban los años, amenazantes nubarrones de conflictos políticos iban oscureciendo el horizonte cada vez con un mayor endurecimiento y violencia.

No obstante, comenzada la década, nuestro autor había recibido el merecido reconocimiento como un intelectual de peso. En 1971 integró la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) e inmediatamente fue designado en esta institución presidente de la Comisión de Cultura Nacional, cargo que asumió entre 1971 y 1973. Desde esta plataforma pudo difundir conferencias y seminarios sobre cultura nacional en el interior del país. Auspiciado por el gobierno mexicano viajó a ese país en octubre de 1972, donde dictó conferencias y seminarios en Ciudad de México y otras ciudades.

En 1970 había publicado en el país azteca *El pensamiento indígena americano*, título que sustituyó en las dos ediciones posteriores en Argentina por *El pensamiento indígena y popular en América* (1973, 1977). Este ensayo es el producto de sus trabajos de campo en el altiplano argentino y boliviano desde el segundo semestre de 1967.

Con un título emblemático y provocativo, en este libro Kusch otra vez fue a contrapelo de los modelos de desarrollo y pensamiento que encasillaban al país y al continente americano con ideas hechas y emitidas desde el puerto de Buenos Aires, importadas como bienes traídos de ultramar. Kusch ofreció aquí un enunciado para un país en crisis con un pensamiento situado en el interior americano: de los campesinos, del litoral y de los márgenes de Buenos Aires. Su propuesta fue como dar vuelta al revés el traje que siempre había abrigado o endorsado el intelectual de la clase media argentina.

En la edición de 1973 Kusch agregó la palabra *popular* al título, indicando así decididamente la esperanza de una nueva etapa de los movimientos populares y su protagonismo en la apertura democrática argentina. Este añadido fue el cauce natural por el que nuestro autor iba cursando su pensamiento, otorgándole al pueblo un peso significativo y determinante en la formulación de lo que, según él estimaba, eran las pautas de un pensar auténticamente americano.

Unos años más tarde profundizó por estos lineamientos en *La negación en el pensamiento popular* (1975), libro que continuó a *El pensamiento indígena y popular en América* y donde se hizo más palpable la metodología que empleó en todos estos años en los que se propuso destilar el profundo pensamiento americano: escuchar a quienes reciben los embates y el desdén de los mandamases de siempre. Seguramente el título puede ser algo enigmático para el lector, pero está anclado en una simple lógica subyacente en la manera de pensar de los sectores más humildes del cinturón urbano, así como en las comunidades del interior del país.

La negación en el pensamiento y en el actuar popular, sostuvo Kusch, no implica simplemente una negatividad absoluta. Es una ética y una elucubración que emana de la vida misma, de las embestidas que acaecen en la vida del pueblo que no puede realizarse mediante las estructuras que lo ningunean. Las vidas de los sectores populares son negadas y sus voluntades suprimidas por el discurso dominante, que afirma constantemente que el modelo existente y su estilo de vida es el mejor y que no hay alternativa, porque viene de los países más exitosos y avanzados del mundo. Es decir, que perpetúa la condición de coloniaje. Por tanto, la negación del pensamiento popular se

afirma, no en abstracciones, sino en el existir mismo, en sentimientos de amor donde se afianza la vida misma.

Con la inauguración de un nuevo gobierno de coalición se hizo posible el retorno de Juan Domingo Perón en 1973, y el país vivió un esperanzado momento de renovación. Se pudo plasmar esto en la esfera universitaria, cuando el gobierno inauguró nuevas universidades en el interior del país y en el conurbano bonaerense, comenzando a hacer posible la descentralización de las universidades más tradicionales: Córdoba, Buenos Aires y La Plata.

Junto al rector de la flamante Universidad Nacional de Salta (UNSA), el poeta Holver Martínez Borelli invitó en 1973 a Kusch a formar parte de la Facultad de Humanidades. En un periodo relativamente breve, de 1973 a 1976, Kusch mantuvo una creativa, innovadora y agitada gestión tanto docente e investigativa como gerencial en esta universidad. En la docencia lideró la carrera de Filosofía, donde incluyó asignaturas de estética en filosofía. Además, hizo posible la apertura de la universidad a las comunidades y pueblos de zonas rurales con el uso de una radio emisora de la UNSA, la AM25, para dictar cursos y programas de estudio.

Fue nombrado también director del Servicio de Relaciones Latinoamericanas. Para ese momento, éste era un cargo muy novedoso que consistía en armar una red de comunicación académica y de intercambio de investigación y docencia en el centro de Sudamérica. De ahí que Kusch coordinó jornadas, simposios y encuentros sobre cultura popular y el mundo andino que atrajeron a especialistas e investigadores de Argentina y Bolivia, abriendo así las fronteras nacionales para recrear una especie de Tahuantinsuyo de la academia.

Mientras tanto, y desde la distancia, Kusch mantuvo en esta época sus lazos de cooperación con la revista *Megafón* y el Instituto de Estudios Latinoamericanos dirigido por Eduardo A. Azcuy y Graciela Maturo. Esta vinculación hizo posible la publicación de *Geocultura del hombre americano* (1975), trabajo en el que Kusch sentó decididamente las bases de un entendimiento de la filosofía —o bien del pensamiento— conformada por el peso del suelo donde están asentados los sujetos, es decir los hombres y mujeres pensantes.

Este asentamiento del pensar se encuentra conformado por dos elementos que actúan simultáneamente: el suelo y la cultura. Es por eso que él empleó este neologismo de *geocultura*. Las implicaciones que tiene este concepto a la hora de abordar cómo se configura una manera de pensar y de vivir es muy significativo, ya que pone en tela de juicio a la idea de la universalidad de la filosofía europea. Es más, pone en entredicho a la corriente académica universitaria que certificaba que la filosofía era únicamente algo que ocurría y que se practicaba en Europa y en Estados Unidos. Al aproximarse a la pregunta sobre qué es el pensar en general, el concepto de *geocultura* tiene reverberaciones más allá del mundo americano, poniendo de relieve, o bien consagrándole validez, al pensamiento filosófico de otras culturas: oriental, asiática, africana, oceánica, etcétera.

Es durante estos años en la UNSA cuando Kusch pudo comenzar a transformar la idea tradicional de universidad otorgadora de títulos y de la investigación instrumentalizada a fines exclusivamente científico-técnicos e industrial-empresariales. Para este hombre, la universidad debía ser un lugar de gestión cultural de apertura. De este modo, introdujo un giro importante. Aún hoy esta idea es una noción que va a contracorriente, en un momento donde la universidad se caracteriza por sus rasgos corporativistas-empresariales de instrumentalización económico-financiera.

Como le ocurrió a tantos docentes e investigadores universitarios, la creciente violencia política que se agudizó con el golpe de estado del 24 de marzo de 1976 puso fin definitivamente a la vida universitaria de Kusch. De ahí que su vida entró en un vendaval de ansiedad y temor por su propia existencia y la de su familia cuando la UNSA fue intervenida por una nueva administración conducida por autoridades castrenses. La purga de docentes considerados subversivos por la nueva administración significó que Kusch, su mujer Elizabeth y los hijos tuvieran que marcharse y regresar a Buenos Aires.

La estadía en la capital fue breve, dadas las severas medidas de represión estatal en esa ciudad. La pérdida del puesto en la universidad fue un golpe bajo, que con el tiempo tendría secuelas para la salud de Gunter. Todas las conquistas, planes y proyectos iban esfumándose. Inmediatamente Kusch encontró un aposento y un refugio para él y su familia en el pueblo de Maimará, en la Quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy. Aquí hizo su vida de exiliado interior luego de haber vendido su casa en la calle Cangallo, en el barrio de Balvanera.

Fue una vida precaria, donde al inicio Kusch y su esposa subsistieron de lo que plantaban en su huerta, del trueque de productos, de las changas que encontraban y del transporte con su Estanciera, que facilitaba la venta de alimentos y mercadería en este humilde pueblo y en aldeas circundantes de la Quebrada. Además, los sentimientos de temor dominaban en estas épocas de alta represión militar y paramilitar, cuando era importante mantenerse con baja visibilidad. Con el tiempo la familia fue integrándose al pueblo, los dos hijos comenzaron a ir a la escuela de allí y poco a poco fueron reconstruyendo su vida diaria.

En 1977 Kusch consiguió formar parte de un equipo de estudio sobre religiones y sabiduría populares patrocinado por la Fundación Thyssen de Alemania. El proyecto estaba dirigido por Juan Carlos Scannone S.J. y lo integraba también Carlos Cullen, entre otros

El año siguiente publicó su último libro, *Esbozo de una antropología filosófica americana* (1978), redactado en Maimará y en parte sustraído de trabajos de campo constituidos por escuchas y diálogos en comunidades salteñas. Entre los objetivos de este trabajo, Kusch

se propuso explorar lo humano, no simplemente desde un acercamiento filosófico, sino también antropológico.

Aquí nuestro autor le dio una vuelta más a las cuestiones indagadas en su libro anterior, al inquirir por la expresión de lo humano, específicamente en el pueblo, en América, que se expresa en su habla, en preservar sus costumbres y ritos. Al concepto “pueblo” le atribuyó un significado simbólico que antecede a los conceptos modernos de “nación”, “patria” o “ciudadanía”, ya que antes de ser ciudadanos, primero somos pueblo. Esta idea está ligada a su noción de “gran historia” que había elaborado en *América profunda*.

El fuerte efecto que tuvo el abrupto y forzoso despido de la Universidad Nacional de Salta ejerció un impacto perjudicial en Kusch. Aunque encontró un lugar donde, con el tiempo, consiguió acogida entre los imponentes cerros de la Quebrada de Humahuaca, devino en una existencia precaria desde el punto de vista económico y se le hizo más difícil cosechar los frutos de los proyectos que había cultivado en el ámbito universitario para elaborar otras maneras de pensar. Con el tiempo este golpe bajo le afectó emocionalmente, lo que tuvo secuelas que acuciaron la enfermedad que lo llevaría a extinguir su vida.

La dualidad de Nuestra América: Estar (mero estar) y Ser (ser alguien)

El notable aporte que tiene hoy para el lector el pensamiento de Kusch se debe a que nos brinda herramientas conceptuales para poder interpelar la realidad que se vive tanto en América como en el resto del mundo a partir de categorías conceptuales propias, elaboradas desde un pensamiento que emerge del suelo americano y de su entorno cultural.

En sus trabajos de campo, con su atenta escucha a los informantes del pueblo indígena y criollo del interior argentino así como del altiplano boliviano y peruano, se desprende que en América hay desde hace quinientos años un choque de dos experiencias de la existencia humana en el planeta. Una es la de los pueblos originarios de América que se ancla en un *estar* o *mero estar*, como un modo de vivir y existir entre las implacables fuerzas caóticas de la naturaleza que hacen posible la supervivencia o que bien pueden quitar la vida. Fundamentada en la noción de *ser* o *ser alguien*, por otro lado, está la experiencia de la vida que traen los europeos desde la conquista, una dinámica creadora que se dispone a dominar y aprovechar al máximo los dones de la naturaleza, sus poderes y recursos.

Este eje bipolar —*estar* y *ser*— corresponde a la intuición que constituye la piedra angular sobre la que Kusch desarrolló muchas de sus categorías o nociones filosóficas, especialmente en su obra cúspide *América profunda*. Los pueblos de las culturas milenarias americanas comprenden que, aunque se utilicen herramientas para sojuzgar a los elementos naturales o se empleen obras de ingeniería para desviar el curso de un río, por ejemplo, las fuerzas de la naturaleza, en última instancia, no pueden ser sustancialmente alteradas, pues la existencia del ser humano está sujeta a su poder inconmensurable.

Kusch apodó “ira divina” a estas fuerzas de la naturaleza y el cosmos. Según el entendimiento de los pueblos andinos, el ser humano se encuentra arrojado en un cosmos configurado no por un orden sino también por un hervidero o un desequilibrio, al cual sólo se puede responder con el *mero estar* y el rito, para intentar conjurarlo y alcanzar el fruto que brinda el equilibrio. Esto explica, sostiene nuestro autor, el estatismo o inmovilidad, o bien una conciencia contemplativa y la necesidad del silencio como expresión de un estado anímico originario.

De esta manera, el hombre americano de herencia precolombina se abstiene de actuar en forma agresiva u hostil ante su entorno natural y, de un modo incomprensible para el occidental, recurre a la plegaria y a la magia para interpelar a las fuerzas elementales de la naturaleza que pueden acabar con la vida en un valle o en un pueblito incrustado en la ladera de una montaña debido a una sequía o al sacudón de un temblor.

Por miles de años estos pueblos cultivaron sus vidas en estas alturas aparentemente inhóspitas, donde la tierra toca el cielo, cobijados en la puna y en valles alejados de

posibles invasores o intrusos. Despierta admiración y respeto el hecho de que desarrollasen allí una estructura mental y emocional, además de una profunda cultura que hace posible la convivencia en un espacio aparentemente tan hostil para la supervivencia humana.

Sus modos de hablar y vivir, sus maneras de conducirse ante un ambiente agreste, son motivo de reflexión. La sabiduría que estos pueblos poseen, el entramado de deidades y símbolos, así como los ritos que practican, nos sugieren una conciencia que acepta la fragilidad y la levedad de la vida como el fruto de un caos hecho de muerte y vida, de ciclos azarosos de germinación, crecimiento, maduración, muerte y reintegración al suelo. Junto a ellos, reconocemos que todo ser viviente está sometido a estas potentes energías cósmicas y terrenales, seamos consciente de ello o no en las grandes ciudades “beneficiadas” por las alucinantes creaciones del mundo científico-técnico.

Ahora bien, ¿Cómo responde la cultura andina ante un mundo conformado por poderes antagónicos e inconmensurables dentro de los cuales se siente arrojado? El hombre andino emplea una modalidad mental y conductual cuyo principio es *la dualidad complementaria*; una racionalidad anclada en la lógica de que todo está relacionado con un todo.

A nivel social y económico, el quichua responde mediante el *ayllu*, una organización comunitaria agraria, de mutua ayuda, que regula la producción, la elaboración y el suministro de alimentos, bienes y viviendas. Esta formación social se da en un ámbito natural y geográfico donde la vida está sometida a las inexorables fuerzas inclementes de su entorno: escasez de agua y oxígeno, el árido viento zonda de la puna andina, los desmoronamientos ocasionados por coléricas tormentas y lluvias, el sol abrasador, la amenaza constante de seísmos y la arena que lo invade todo.

Dada esta precaria vida expuesta a la intemperie y al poder de los elementos, los pueblos andinos responden con el estatismo, el rito, la magia, sus dioses y una interioridad contemplativa. Debido a este entorno, todo objeto manufacturado por el hombre obedece a los estragos de la inclemencia. De ahí que estos pueblos en las alturas de la puna respondan a la precariedad de la vida con el *mero estar*.

Ante esta experiencia de vida, el hombre andino (quichua o aymara) amolda su vida desde una interioridad estática, desde el *estar*. Es por ello que mediante la práctica de ritos (*challar*, por ejemplo) busca una continuidad a partir de la serenidad interior de sí mismo en un mundo hecho de imponderables desatados por el caos. De ahí que sus deidades y símbolos religiosos encierren en sí dualidades en las cuales se puede interpelar y entender un mundo donde las fuerzas del bien y el mal, de la vida y la muerte, no son comprendidas como absolutos ni como dicotomías destinadas a prevalecer una sobre la otra en un triunfo definitivo. Para estos pueblos, ambas fuerzas son fundamentales para la germinación de la vida. No puede existir dios sin el diablo ni viceversa. Debe existir un balance en esta dualidad.

Kusch enlazó el *mero estar* al orden económico con la noción de “economía de amparo”. Como extensión a este concepto, se le pueden añadir sinónimos desde los cuales se desprende una ética, tales como “protección”, “refugio”, “resguardo”, “ayuda”, “cuidado” y “apoyo”.

Llegados a este punto es necesario hacer un inciso en esta exposición para acercar al lector a las resonancias que tiene la categoría de “economía de amparo” que empleó Kusch, ya que la contrastó con la de “economía de desamparo”, que asoció a la noción fundante de Occidente: *ser alguien*.

Economía es un neologismo compuesto por dos palabras griegas: *oikos*, cuyo significado es “casa”, “hogar”, mientras que la acepción *nomos* corresponde a “reglas”, “gestión” y “administración”. Es decir, economía es la “administración del hogar”, y cómo administramos el hogar nos dice todo sobre la cultura que impera en ese hogar. De ahí que los valores y *ethos* que componen la manera de organizar el hogar nos dan la clave del horizonte cultural y de los valores éticos que dan sentido y presiden las prácticas de la vida.

Por consiguiente, las estructuras sociales del *ayllu* con su “economía de amparo” son la expresión del pensamiento y del modo de vivir indígena en el ámbito andino constituidos por el llamado *sumak kawsay* (en quechua) o *suma qamaña* (en aymara), que en castellano se conoce como *buen vivir*. Constituyen el *buen vivir* cuatro principios que se desprenden de la *chakana* (cruz andina) que Kusch estudió en el Libro 1 de *América profunda* a partir de una lectura del cronista collagua Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamaygua, quien redactó en 1613 su *Crónica de Relación de Antigüedades de este Reino del Pirú*.

Estos cuatro principios del pensamiento andinos son “reciprocidad”, “integridad”, “complementariedad” y “relacionalidad”, elaborados a partir de la experiencia vivida y del legado heredado de los antepasados.

Este entramado de principios y valores éticos constituye a los patrones de sentimiento y sabiduría, conducta y emocionalidad que, unidos, conforman una racionalidad que estructura su entendimiento sobre su lugar en la tierra. Dichos fundamentos y prácticas se traducen en un posicionamiento que sitúa a la especie humana dentro del Cosmos e integrada a la naturaleza. Esta concepción es radicalmente opuesta a la exterioridad en que la lógica de la modernidad occidental imperante ubica a la especie humana y ordena sus prácticas en la vida cotidiana.

Cuando profundizamos en los cuatro patrones mencionados, encontramos que su piedra angular es un principio de relacionalidad. La reciprocidad comprende que toda relación es recíproca, que cada acción tiene una reacción, y actúa en consecuencia. Este saber conlleva al entendimiento de que ningún individuo puede realizarse solo, al contrario de

lo que proclama el credo liberal individualista. Todo individuo depende de alguien tanto para su educación como para vivir diariamente.

Esta relacionalidad también ocurre en el ámbito ecológico, donde cada acción humana tiene un impacto en el entorno natural. Esto quiere decir que todo ser viviente está integrado o incorporado dentro de un todo o nexo relacional armónico. De ahí que la complementariedad esté verticalizada por una dualidad no antagónica, ni dicotómica, una polaridad donde una parte no niega ni cancela a la otra, sino que ambas son complementarias para la supervivencia de la vida, o bien para producir el fruto. Por todo ello, la relacionalidad enfatiza la interdependencia de todas las fuerzas y elementos en la sociedad y la naturaleza, cuya interrelación hace posible un orden interconectado de complementos y autorregulaciones.

Este entramado de principios del *buen vivir* conforma la sabiduría de la América profunda, anclada en el fundamento de que “lo que existe coexiste”. Por ende, no es un *vivir bien* reducido al ámbito de la especie humana y de su sociedad, economía, política y cultura, sino que abarca toda la red de la vida, donde el ser humano es sólo un elemento más en una trama infinitamente más grande y compleja. Si se pudiese clasificar al *buen vivir* con el rótulo de “humanismo”, sería paradójicamente no antropocéntrico.

Estos principios y valores éticos tienen una recobrada resonancia hoy tanto en Nuestra América como en el resto del mundo. Contribuyen a considerar una manera ancestral de interpelar a la presente coyuntura en que se encuentra no sólo la vida humana sino también toda la vida en el planeta. Estamos enfrentados a trastornos climáticos y ambientales constatados por datos duros comprobados por la ciencia, que apuntan a que su causa primordial es el sistema capitalista mundial en el que vivimos.

Ahora bien, ligado a esos cuatro principios está vinculada la ritualidad simbólica de las culturas aymara y quechua, fundamentadas en una estructura germinativa propicia a brindar el fruto y a hacer posible la vida en una realidad rodeada de adversidades. La ritualidad y la espiritualidad de estas culturas corresponde a una temporalidad cíclica que comprende que la vida está sometida a una circularidad (*mandala*, si se quiere), constituido por el ciclo de la vida: germinación, nacimiento, madurez, muerte y reintegración a la tierra.

A lo largo del tiempo, el pensamiento de Rodolfo Kusch fue catalogado de “indigenista” en varias oportunidades. Su aporte al entendimiento de las culturas andinas hubiera sido en su momento suficiente para consagrarlo como un antropólogo de alta estima. No obstante, su pensamiento va aún más allá. La misión de su esfuerzo intelectual no fue únicamente del orden de la antropología socio-cultural, a la que se aproximó en su manera de pensar a las culturas aymara y quechua, sino que su proyecto estaba

vertebrado por un cometido filosófico por hallar un pensamiento americano que irradiara desde Nuestra América al mundo.

De ahí que Kusch empleó la noción de *estar* para extrapolarla y convertirla en un concepto filosófico universalizante. Realiza este giro de tuerca al contraponer la “pequeña historia” a la idea de la “gran historia”, a la que le otorga una dimensión que abarca la experiencia de la existencia de la especie humana como animal biológico, que vive tanto en la moderna metrópolis como en el más recóndito lugar del planeta. Es una noción que destaca la lucha por la supervivencia en su vivir cotidiano, en un *estar aquí y ahora*.

La historia, según este autor, hace su aparición en la conciencia humana como relato cuando el hombre comenzó a emplear el utensilio como extensión de sus brazos y manos. Es decir que cuando el hombre ancestral se sirvió de un instrumento o herramienta, sea para cazar o para labrar la tierra, emprendió una actividad básica para su subsistencia. La evidencia de esto se puede apreciar en representaciones visuales en el arte rupestre, del Kimberley en Australia Occidental a las cuevas de Altamira en el norte de España o la cueva de La Serpiente en las sierras de San Francisco, en la Baja California. Por consiguiente, es a partir de esa actividad que tiene su manifestación la historia.

La “gran historia” es el relato de toda la especie humana, y no de una parte de ella, pues ésta sería la “pequeña historia” que Kusch sitúa en Europa con el inicio de los imperios ultramarinos más allá del Mediterráneo y del Atlántico Norte, y que marcó su inicio a partir del año 1500. Nuestro autor propone que la “gran historia” es el relato geológico de la especie, más allá de etnicidades, naciones o imperios. Es el recorrido épico del andar humano a lo largo y a lo ancho del espacio y el tiempo, en su disputa ante las fuerzas antagónicas de la naturaleza, de lo fasto y lo nefasto, en su camino por la vida sometida a los ciclos primordiales terrenales y cósmicos. Es la historia del habitante de una tribu amazónica, la de un obrero de fábrica o campesino que habita una comunidad cuyo epicentro es la vida en común y no la supremacía del individuo. La “gran historia” es la que cuenta el relato del pueblo.

La “gran historia” corresponde a los principios de reciprocidad, integridad, complementariedad y relacionalidad sin los cuales es difícil la continuidad en una sociedad en paz y armonía, tanto en el habitar humano como en el ámbito natural al que la especie pertenece y de la que depende para su supervivencia.

Al mismo tiempo que Kusch se dispuso a encontrar las características de un pensamiento americano propio, rastreando los remanentes de una filosofía ancestral aún presente en el continente, identificó y definió los fundamentos de la filosofía occidental y de su horizonte cultural que llegaron con el conquistador y con el colono europeo, forjando así el encontronazo entre dos experiencias de la vida que se desplegaron a lo largo de la historia de Nuestra América desde el arribo de las primeras carabelas en 1492.

Kusch estableció que la piedra basal de la modernidad occidental ideada por el pensamiento y la praxis de la burguesía europea es el concepto de *ser*. El giro que nuestro autor introdujo a este concepto, central en la filosofía occidental, es el de *ser alguien*, una

expresión lingüística de uso diario que convirtió en una categoría filosófica para acercarse a una definición de los supuestos y las regulaciones de conocimientos, sensibilidades y emociones que estructuran las aspiraciones burguesas de estatus social, orden, progreso y civilización. De ahí que el *afán de ser alguien* sea una expresión tomada por Kusch que da cuenta del horizonte cultural de la meritocracia y la mesocracia burguesas.

Kusch asoció la categoría de ser alguien a la noción del patio de los objetos, situando a este elemento en Europa a partir del siglo XVI, cuando se comenzó a concebir al ámbito natural como un espacio vacío.

El hombre occidental, al reemplazar a la naturaleza por la ciudad, la convirtió en un recinto de cosas: fábricas, rutas, coches, edificios, máquinas, centros comerciales, aeropuertos, usinas, universidades, etcétera. Así, el hombre moderno de la ciudad fue perdiendo su conexión umbilical con la tierra y el ámbito natural, creando un lugar conformado por objetos que, estima, puede controlar con la tecnociencia. Se trata de un *patio de los objetos* exclusivamente suyo.

La ciudad europea, consecuentemente, es el sitio germinativo, vertebrado por la razón, la ciencia y la técnica, que sustituye a la religiosidad y los miedos ancestrales a la *ira divina*. El comercio, la ciencia y la técnica hicieron posible, entonces, a la *ira del hombre*, que sustituye a la de Dios, con la centralidad del trabajo como moral de salvación en el aquí y ahora.

El hombre moderno de Europa se definió a sí mismo como el ser humano por excelencia. De ahí su proyección universal, como el ejemplo supremo de humanidad en la tierra. De esta manera, razonaba Kusch, la ciudad europea adquirió una centralidad energética de creatividad en un orden que no había existido en ningún otro lugar del mundo.

La ciudad se transformó en el aposento del esplendor de la ciencia, la industria y el comercio, al punto de que el acelerado desarrollo de la tecnología —con la fabricación de máquinas cada vez más sofisticadas, con sus aparatos y dispositivos de alta gama—, le otorgaron al hombre la conquista de las fuerzas primordiales de la naturaleza para su propio beneficio. Así, sostendrá Kusch, el ser humano europeo generó la capacidad técnica de espantar los miedos ancestrales que daban vida a la *ira divina*, sustituyéndola por su propia ira.

Nuestro autor argumentó que en el mundo moderno, el hombre, entregado a *ser alguien* con su tecnología en las metrópolis, perdió de vista a aquellas fuerzas a las que la vida está sujeta. Este es el hecho básico de la existencia —y la de todos los instrumentos,

máquinas y estructuras de su ingeniosa creación— sometida al eterno ciclo de la vida: germinación, crecimiento, madurez, muerte y reintegración al suelo.

Para Kusch, el *mercader* es la suprema representación tanto de la *ira del hombre* como del principio de *ser alguien*. Hoy el Chief Executive Officer (CEO), paradigma del hombre que encarna y ostenta al empresario conquistador, es el ejemplo por excelencia de la humanidad capitalista que tuvo su germinación en el siglo XVI y que él perfiló en *América profunda*.

Rodolfo Kusch desarrolló y empleó la noción de *ser alguien* para ubicarla como el fundamento de la civilización occidental, a partir del que construye el relato de su marcha imperial y global, posicionándose a sí misma como la civilización universal. La ambición por *ser alguien* impulsó con una energía dinámica y creadora a conquistadores y pioneros, científicos y comerciantes, motivados por la codicia, la sed de riqueza, poder y estatus, que con el tiempo se convirtieron en valor supremo de la naciente sociedad y de la economía mercantil capitalista. De ahí que, en la Europa protestante, según Kusch, el trabajo adquirió un valor sacramental de salvación en el más allá.

Kusch propuso que el *afán de ser alguien* insufla la figura dinámica del *mercader*, que administra el sentido que tiene la vida en una sociedad burguesa vertebrada por la voluntad competitiva, ejemplificada en la noción de *economía de desamparo*. Con esta categoría conceptual agregó un nuevo matiz al entramado de valores y sentidos que se desprenden de *ser alguien*, como nexos constitutivos de su definición del hombre occidental.

Los supuestos y ordenamientos del mundo creados por él están regidos por una voluntad competitiva acorde a la *economía de desamparo* del horizonte cultural burgués. En este esquema, *el patio de los objetos* es el lugar donde el hombre estima puede controlar su mundo moderno a su antojo según leyes y órdenes basados en una organización socio-económica concebida en forma racional y científica.

El mayor logro del hombre moderno occidental, motivado por el impulso a *ser alguien*, es su construcción del relato del individuo libre y autosuficiente, capaz de enfrentar sus quehaceres y superar retos gracias a su inteligencia racional e independiente. En esta apoteosis del individuo burgués, fiel a sus valores y méritos constituidos por la sociedad liberal y meritocrática, sus labores son recompensadas en un horizonte cultural que celebra el éxito en el *patio de los objetos*. El individuo soberano es también el ideal que promueve esta cultura de desamparo económico.

La *economía de desamparo* que conoció Kusch en las décadas de 1960 y 1970 del siglo pasado sufrió una revolución que quizás ni siquiera él pudo vislumbrar. Hoy el desamparo económico se ha consolidado aún más en América y alrededor del mundo, agudizándose con la concentración de la riqueza y el poder, donde una minoría plutocrática, tecnocrática y financiera domina y decide el destino del mundo. Al mismo tiempo que el apetito por el consumo es insaciable, poderosos medios de comunicación gestionan sus valores como álgidas virtudes de la sociedad: la apoteosis de la soberanía del individuo

expresado en la ideología del libertarismo, la codicia y el lucro como valores supremos de voluntad empresarial capitalista, la adoración de cosas u objetos tecnológicos y la mendacidad como moneda corriente en la transacción política.

Esta *economía de desamparo* genera tremendos trastornos en poblaciones que subsisten de empleos precarios con escasos ingresos que son conducidas a privaciones extremas, estrés financiero, endeudamiento, depresión y ansiedad, así como miedo a un futuro inseguro, repleto de incertidumbres en una vida sin cobijo. Los sentimientos de desamparo colectivo y hasta de desesperación en amplios sectores de sociedades son acompañados, además, por el tremendo impacto que están trayendo el deterioro ambiental y el cambio climático.

Para Kusch, la historia es el relato que se escribe para registrar la especificidad de la actividad humana que comienza a consolidarse en Europa cuando el burgo se va transformando en ciudad en la temprana modernidad, cuando el flujo poblacional se dirige a las urbes. La historia escrita durante este proceso es aquella que él define como la “pequeña historia”, porque sólo narra las acciones de aquellos que quieren *ser alguien*.

Este tipo de historia registra y narra sucesos considerados descollantes, conseguidos por heroicos hombres de acción e intelecto. Es la historia de próceres, líderes políticos, revolucionarios, conquistadores, ilustres escritores y artistas, científicos que ampliaron las fronteras del conocimiento para hacer posibles máquinas más poderosas. Es la memoria ejemplar de hombres que sellaron su fortuna y marcaron una época con el poder de sus acciones. Sirven como ejemplo de la capacidad humana de esculpir la realidad y ser autores de la propia vida. La “pequeña historia” es la apoteosis del individuo, pero no la de cualquiera, sea africano, asiático o americano, sino que narra, pura y exclusivamente, la superioridad del hombre blanco europeo. Por ello se pueden trenzar entre sí los conceptos de *ser alguien*, el *mercader* y la *pequeña historia*.

Kusch fijó una fecha para definir temporalmente el inicio de la “pequeña historia”. 1500 es el año en el que Europa comenzó su expansión más allá del Mediterráneo. Entró en el Atlántico con decidida fuerza y su ambición por conquistar las tierras y los pueblos de América, África, Asia y Oceanía. Desde la Ilustración, la “pequeña historia” de la élite intelectual europea ensalzó a esta trama como un artículo de fe de sus principios: la razón, la ciencia, el progreso y el humanismo.

Cuando América se quitó de encima el yugo político de los imperios español y portugués, la burguesía liberal de las flamantes repúblicas americanas se empadronó tras el *afán de ser alguien*. Esta elite, según Kusch, alzó el mito de su propia *pulcritud* y del *hedor* de la América profunda. Al mismo tiempo que la burguesía construyó su relato de la América hediente, se autodefinió como pulcra.

Nuestro autor no apuntó solo a la dimensión de exclusión social y cultural que ejercieron las clases letradas y pudientes de las ciudades hacia los marginados del interior y las orillas suburbanas, sino que volvió a privilegiar al oído, a diferencia del conocimiento occidental, que siempre favoreció a la vista en detrimento de los otros sentidos. Para Kusch, escuchar es uno de los métodos fundamentales en su trabajo de campo, en su interpelación realizada junto a sus informantes, es decir, el *pueblo*.

A esta altura el lector ya podrá descifrar los dos grandes patrones en los que oscila, según Kusch, la experiencia de la vida en América a lo largo del tiempo: *estar* y *ser*. Estas experiencias de la vida corresponden a dos maneras de pensar. Una atañe al pensamiento americano en tanto indígena y popular: es un *pensar seminal*, de la lógica de la negación, la emocionalidad, la corazonada y la intuición. El otro, el europeo occidental, es un solucionismo eficaz: utilitario, científico y técnico, que aborda el conocimiento rastreando causas físicas de los fenómenos para así elaborar e implementar soluciones concretas, pragmáticas, ya que, para él, todo es exterioridad.

En las culturas prehispánicas de la región andina Kusch identificó un modo de vida del que se desprende un entendimiento orgánico de la realidad. Y dado que la realidad está conformada por fuerzas caóticas, a partir de la interpelación que practican estas comunidades emerge un *mero estar* para lograr un mínimo equilibrio interno, que se expresa mediante la emotividad y la afectividad en el rito. Son expresiones de un *pensamiento seminal* para que se dé el fruto, en el eterno retorno cósmico de nacimiento, madurez, muerte y reintegración al suelo en medio del caos.

Este pensamiento encierra un entendimiento existencial, ajeno al sujeto puramente racional, pues entiende la vida como algo que se da sin una lógica que explique su causa o bien su meta, pero que constata que la vida no precisa de un *yo* justificante. Es decir que el sentido trascendente de la vida es simplemente su seminalidad, como *semen* o semilla, que hace posible la vida. Es decir que la vida simplemente es dada.

Este pensamiento seminal puede entenderse como un pensar biocéntrico, estructurado por entendimientos que posicionan la posibilidad de la continuidad de la vida misma en aquellos elementos y fuerzas que la hacen posible. Una de ellas, por ejemplo, es una comprensión de la circularidad y la ciclicidad del tiempo. Una noción de la vida de esta índole acentúa la sacralidad de elementos vitales como el agua, en tanto fuente de la vida: *Mama Yaku*.

El *pensamiento seminal* recoge la singular unidad conciliadora para que se haga posible la germinación del fruto, como si fuese necesario conciliar la muerte con la vida. Este entendimiento de los opuestos se diferencia del pensamiento occidental, que busca anular al contrario para hacer posible la vida.

En el *pensamiento seminal* prehispano es cardinal la existencia de la muerte y de la vida para la continuidad del ciclo de las diferentes etapas del cosmos: no puede haber vida sin muerte y no puede haber muerte sin que ésta siembre, a su vez, la semilla para la nueva

vida. En términos de germinación, es necesaria la negación para que sea posible la afirmación de la vida. Aquí yace el significado trascendental del pensamiento seminal, constituido por una temporalidad orgánica, o bien vegetal, como decía Kusch en su primer libro. Esto coincide con un pensar contemplativo de espera para la revelación de la salvación, que es sinónimo de fruto que da luz a la vida.

Ahora bien, cuando Kusch vinculó el *pensamiento seminal* indígena con el popular para así vertebrar un pensamiento popular americano, apeló una vez más a la noción de *estar*. Para ello se apoyó en el principio vivencial “existo, luego pienso”, que es sinónimo del *puro estar*, y sobre el que elaboró otro elemento constituyente del pensamiento americano: la *lógica de la negación*. Aquí le dio otro giro de tuerca a su noción de *estar*, al matizar su fórmula conceptual con la idea de que la posibilidad de *ser* y, por ende de vivir, se puede dar si puedo *estar*, porque para poder *ser* primero tengo que *estar*. En otras palabras: existir.

Estar es un modo del existir. Todo lo que está existe. De allí que la existencia consiste en *estar* "entre" lo que existe, que es un todo: las piedras, las montañas, las plantas, etcétera. El mundo en el que vivo *está-siendo* y somos parte de todo este universo viviente. Por tanto, en este entrelazamiento de todo con todo no debo destruir sino cuidar. Existir, en el *estar*, es un sacralizar, sinónimo de cuidar.

La acepción que Kusch le confiere a la negación es una que afirma la propia posición, en forma explícita o implícita, ante circunstancias en las que se descalifica o ningunea al sujeto popular: obrero, oficinista, villero, etcétera. La lógica de la negación contiene una emocionalidad que, en su negación, paradójicamente, busca una afirmación y una apertura a otras posibilidades de ser en la vida.

Los atributos que este autor asoció a la negación en el pensamiento popular americano pueden hoy entenderse como un pensar decolonial, de desprendimiento de la lógica y de la razón dominante. Los valores difundidos por lo que Kusch llamó “la totalidad del horizonte simbólico y cultural dominante” administran los supuestos que vertebran los patrones de conducta y consumo. Sin embargo, como el sistema está hecho de tal manera que cada vez se hacen más inalcanzables las ilusiones que crea la cultura dominante, la reacción del sujeto popular se expresa a través de actitudes y conductas informadas por una lógica de la negación.

En el otro polo tenemos al pensamiento causal, ligado a la noción de *ser* o *ser alguien*. Kusch distinguió cuatro etapas o elementos en el proceso de este modo de pensar y actuar que, unidos, constituyen una lógica del conocimiento que gestiona la práctica conductual del hombre occidental desde el siglo XVI.

El primer elemento constitutivo del pensar causal, ya mencionado, es que se funda en un entendimiento de la realidad como simple exterioridad, que está afuera del sujeto pensante. Consecuentemente, esto conduce a la segunda etapa, donde se dispone a desarrollar un conocimiento de esa realidad externa. A su vez, esto resulta en el tercer elemento, un saber que organiza el conocimiento en forma científica, lo que hace posible el cuarto: un accionar en el proceso del pensamiento causal que facilita la manipulación de la realidad externa para modificarla.

Este modo de pensar causal unido a un accionar conductual constituye todo lo que el hombre occidental ha logrado con su poderoso ego, cristalizado en su *afán de ser alguien*, haciendo posible su aspiración de conquistar todos los rincones del mundo con su civilización, e incluso la luna y un día hasta a las estrellas. Es decir, conquistar lo desconocido para hacerlo conocible según el marco de sus subjetividades. Además, esta manera de pensar y actuar corresponde a un horizonte u orden cultural y simbólico que pone de relieve una serie de presupuestos, valores y sensibilidades que le atribuye a las cosas u objetos (coches, dinero, tecnología sofisticada, etcétera) un valor trascendental, por encima del mundo natural y de la vida misma.

Estos patrones de pensamiento, como los define Kusch, con sus orígenes en Europa y por extensión en el siglo xx en Estados Unidos, condicionan una actitud con profundas raíces mentales de conducta violenta hacia el entorno natural. De hecho, su crítica a la modernidad occidental podría interpretarse como una rama americana que anticipa, o mejor dicho, está en sintonía con la ecología profunda que considera que el ser humano es una parte integral de la naturaleza y no algo exterior a ella ni meramente un recurso a su disposición.

El pensamiento de Kusch estimula e invita al lector a aplicarlo a otros contextos, situaciones y problemas. Esto es posible porque sus categorías de pensamiento, que hemos venido exponiendo, van a contrapelo de las nociones convencionales, fundadas en el principio "sujeto-objeto". La excepcional originalidad de sus categorías nos anima a abordar e interpretar nuestra realidad interior y exterior de otra manera, en forma holística, de un modo más próximo a la situación americana.

En *Indios, porteños y dioses*, así como en *De la mala vida porteña*, Kusch focalizó su análisis antropológico y cultural de *estar y ser* en el ámbito de la gran ciudad moderna, estructurada por la *economía de desamparo*. Basados en sus programas radiofónicos de 1963 a 1965, son textos en los que empleó un estilo ameno, semejante al de la crónica periodística, para retratar, a partir de la evidencia empírica, modos de vida atribuibles a las acepciones de *estar y ser*.

En esta ocasión Kusch dirigió su atención a inquirir en la vida de la urbe moderna, situando dentro de esta polaridad a las expresiones o locuciones verbales de uso cotidiano. Siguiendo la línea de su concepto *estar*, se detiene, por ejemplo, en la frase *dejarse estar*, para profundizar en las connotaciones que tiene esta expresión con respecto a la vida en la ciudad y el rol que tiene el trabajo en ella. Esta voz coloquial indica el juicio que tiene alguien sobre un sujeto que parece que no desea trabajar, que no se esmera en el trabajo o no tiene la predisposición correcta. Es decir, no se distingue en el trabajo profesional o simplemente no se dedica al estudio para mejorarse, especialmente a ojos de quien quiere *ser alguien*.

Desde una mirada meritocrática burguesa, *dejarse estar* es interpretado como holgazanería, utilizándose también como una manera de explicar el congénito subdesarrollo económico latinoamericano. En Kusch, por el contrario, adquirió otro significado, otorgándole a la cultura popular la capacidad crítica de distinguir la alienación que genera la explotación en una *economía de desamparo*. En la ciudad, *ser alguien* equivale a las acepciones de “diligencia”, “pragmatismo”, “utilidad”, “eficiencia”; mientras que el sujeto que se *deja estar* posee aprehensión y desconfía de los valores que emanan de *ser alguien*, pues no quiere ser esclavo de ese mandato de ascenso social.

En la ciudad, este *dejarse estar* se hace presente también en el tango, en el fútbol y en la peña folclórica, así como en otros lugares de ocio como el carnaval porteño, expresión cultural y ritual. Son lugares en una ciudad donde se toma una pausa del trajín y ajeteo cotidiano, del tiempo entendido como dinero y donde toda actividad que no conduzca a *ser alguien* es equivalente a perder el tiempo. De ahí que *dejarse estar* sea entendido como perder el tiempo, y que el café sea el recinto por excelencia donde el ciudadano, obrero u oficinista (o bien el pueblo), encuentra una laguna de tiempo para *estar no más*, al margen de *ser alguien*, en compañía de amigos o solo, para contemplar a través de los cristales el ajeteo de la gente y el paso fugaz del tiempo, entregado a reflexiones sobre su trabajo o para hacerse las preguntas de por qué estamos aquí y si esta vida es todo lo que hay. De ahí que *estar* o el *mero estar* en la ciudad constituye el sentido global y fundamental de la pura vida de una persona, antesala de querer *ser alguien*.

Kusch ahondó en las connotaciones de las expresiones verbales diarias: *estar empleado* y *ser empleado*. Cuando alguien dice que *está empleado*, simplemente apunta al hecho de que tiene un empleo en ese momento de su vida, que le permite subsistir, y de que simplemente está en la vida. No se entregó a la ambición de querer *ser alguien*, pues su empleo le otorga la posibilidad de existir en la vida, aunque esté expuesto a las inclemencias desatadas por cualquier percance. No está comprometido con ese empleo, quizás porque sabe que todo empleo está sometido a la precariedad de las circunstancias de la empresa o de cualquier institución pública, sujeto al ciclo de germinación, crecimiento, madurez y muerte.

Por otro lado, quien señala que *es empleado* pone de manifiesto su compromiso con la empresa o cargo gubernamental, pues desempeña una labor importante, contundente para el crecimiento lineal, sin límites de inversiones y ganancias, ya que en una *economía*

de desamparo “cuanto más grande mejor”. Aquí Kusch introdujo un matiz más a la noción de *ser alguien*, situándola en la vida moderna, añadiéndole más acepciones a las que bosquejó en *América profunda*.

Nuestro autor penetró más en esto en *De la mala vida porteña*, cuando empleó su metáfora de *armarse para la vida y hacerse duro* con el inquebrantable esfuerzo por *ser alguien* ante los demás, pues *armarse para la vida*, en una sociedad bajo los patrones de la *economía de desamparo*, conlleva entender la vida, advertía Kusch, como si ella fuera un *dragón cartilaginoso*. Sin plegarias ni conjuros, es necesario *hacerse duro* como una máquina, o mejor, hacerse de una armadura interior para lidiar con la vida y sobrevivir, lo que conduce a que el ser humano mismo, dotado de estas motivaciones, se convierta en objeto, en un recurso más que hace girar los émbolos de la gran maquinaria de la industria y el consumo.

El mundo de la ciudad moderna, vertebrada por una sociedad y una *economía de desamparo*, hace necesario, como sugería Kusch, que el sujeto entregado a *ser alguien*, a *ser empleado*, deba proporcionarse una *armadura* para *hacerse duro* ante una vida que puede estar hecha de azares, pesares y miseria, para tener éxito y alcanzar ese alto estatus social que soluciona todas las angustias materiales como existenciales en una sociedad desamparada. Para poder sentirse libre, para no ser menos que el vecino, también es imperativo hacerse duro, igual que son duras las cosas adquiridas y acaparadas en el patio de los objetos en una vida dedicada al trabajo, a la profesión o a la empresa.

En este proceso, el sujeto dedicado a *ser alguien* con sus quehaceres quiere obtener las cosas que le otorgarán seguridad y la comodidad para *estar bien* y para llegar a estar siempre *mejor*. Esto se contrasta con aquel *buen vivir* en el ayllu, en un *estar* en comunidad y una *economía de amparo*, para alcanzar la plenitud mediante los principios de reciprocidad, integridad, complementariedad y relacionalidad. No obstante, el *estar bien* de la clase media burguesa, según Kusch, lleva al sujeto estar atrapado por cosas sin ninguna trascendencia.

Este acaparamiento y acumulación de cosas, motivado por el impulso de *tener* para *estar mejor*, es una tergiversación del *mero estar* desplazado a una pura exterioridad, lo que conduce a la vacuidad de la alienación y a sus consecuentes trastornos psicológicos. Como reza la sabiduría popular, ese modo de vivir enfocado en las cosas *a nada lleva*. Las cosas externas no conducen a la plenitud, porque son solo un placebo para atenuar el vacío y el desamparo interior. El relato imperante celebra la libertad del individuo, pero en realidad lo cosifica como un producto más del mercado, marginándolo así de su lugar en la comunidad.

Ante el complejo entramado que supone respirar y vivir en el poderoso y hegemónico estilo de vida occidental que se apodera de nuestras vidas en América y el mundo, con sus patrones de valores y sensibilidades, prácticas de consumo y conducta, Kusch buscó también vías para amainarlo.

Desde un principio en *La seducción de la barbarie*, donde proponía un análisis herético de América, Kusch destacó el horizonte simbólico americano desde la época precolombina, fusionado por profundos cruces y mestizajes, representado y encarnado por potentes deidades como la serpiente emplumada en la cosmología mesoamericana: Quetzalcóatl. A partir de esa deidad, nuestro autor le atribuyó al continente americano una ambivalencia expresada en su mestizaje ancestral.

Más tarde, en sus reflexiones, Kusch tomó prestado de la biología el concepto de *fagocitosis*, o como lo emplea él, *fagocitación* en el ámbito cultural. En *América profunda* lo utilizó para esbozar los complejos procesos de hibridación y transculturación cultural en el continente americano. Es preciso destacar que Kusch en ningún momento se detuvo a indagar los aspectos del mestizaje o hibridez racial, sin atribuirle peso alguno al concepto de “raza”, lo que es significativo para un pensador de su generación.

Un buen ejemplo de *fagocitación* en el ámbito andino es el rito de la *challa*, rociado de aguardiente y adornos multicolores, ceremonia que comprende la bendición de instrumentos, artefactos tecnológicos e incluso máquinas como tractores, camiones o automóviles, para ser bendecidos e incorporados a la espiritualidad aymara y quechua.

Otro ejemplo de *fagocitación* de objetos y prácticas sometidas a un proceso de apropiación cultural, incorporados a su matriz, es el fútbol, una invención y actividad deportiva inglesa traída a América que, con el paso del tiempo, fue injertada a la propia matriz cultural hasta volver a ser indivisible de la identidad nacional. La apropiación cultural, y hasta espiritual, tanto de la actividad como del espectáculo del fútbol hoy son sinónimos de cultura popular. Es decir que los productos culturales del *ser* son fagocitados (absorbidos) por la cultura del *estar*.

Quizás estos procesos ocurran de manera más evidente en culturas históricamente híbridas, permeables y porosas como las del continente americano, y por extensión las culturas de extracción mediterránea, como la ibérica, por ejemplo, debido a su contigüidad con África por el estrecho de Gibraltar.

En América, esta interacción también ocurre en sentido contrario, dialécticamente, donde lo occidental en América sufre una mutación y absorbe lo americano. Aunque las élites burguesas se sientan dotadas por la cultura de *ser alguien*, no obstante, no pueden dejar de ser fagocitadas por un *estar aquí*, en América. Y no hay mejor ejemplo de esto que la costumbre de tomar mate.

Matear es un hábito tomado de las comunidades guaraníes que fue fagocitado por todas las clases sociales del cono sur americano. Es una usanza que se practica en compañía, entre la familia y amigos para incitar la conversación. En la quietud solitaria, favorece el

pensamiento y la reflexión, ya que es un estimulante que facilita la lucidez mental. Sobre todo, se matea cuando hay una pausa en el trabajo, y por un momento o un instante simplemente *estamos*. Y esta costumbre ha saltado las fronteras americanas, hasta llegar, por ejemplo, al mundo árabe, y ser absorbida por las comunidades sirio-libanesas. Matear, como costumbre cultural idónea para el simple *estar aquí*, hoy ya ha dado la vuelta al mundo.

Por otro lado, Kusch planteó que la energía dinámica y creativa del *ser alguien* es episódica, y que con el tiempo se inclina naturalmente al desgaste y a su expiación, como bien ocurre con el vigor y el poder de todo gran imperio. En otras palabras, el *ser* es impermanente, ya que lo que siempre perdura es el *estar*.

Las reflexiones de Kusch, a lo largo de su obra, nos indican que él intentó arrojar un haz de luz y definir una metafísica americana que fue tomando forma desde hace quinientos años, destacando el proceso de *fagocitación* en ambos sentidos: del *estar* por el *ser* y del *ser* por el *estar*. En este sentido, para que el *ser* sea posible necesita someterse al proceso natural del peso de la tierra, del *estar*, para poder lograr así refundirse y crecer nuevamente.

Ahora bien, en América, la tensión entre *ser* y *estar* solo podría entrar en una etapa de distensión, redimensionándose cuando la energía creativa de *ser alguien* entre en armonía en un *estar-siendo*. Es decir, el *estar-siendo* sería como una vía de resolución de la tensión que en América oscila entre esos dos polos, según nuestros propios patrones de entendimiento y creatividad. Por ejemplo, ambicionar que Argentina sea un país normal (léase “desarrollado” como Alemania, Suecia o Francia), escamotea el hecho de que, aunque el país haya sido fundado en patrones occidentales entronizados por el *ser alguien*, su raíz más profunda, su tronco, lo hace gravitar hacia su suelo, hacia el *estar*.

Es por ello que en *Geocultura del hombre americano*, Kusch hizo hincapié en el *estar-siendo* como principio que puede vertebrar la existencia americana y su desempeño cultural. Si bien esta propuesta cultural emerge de la época de los 1970 en el que se situaba Kusch, su invitación es relevante aún hoy, pues estamos ante una poderosa cultura occidental, con su insoslayable horizonte simbólico, que nos impulsa a que *seamos para estar mejor*. Pero, al contrario, en América sabemos que, con esa lógica existencial, se nos escapa la vida de las manos.

La dominante estructura occidental que los medios de comunicación y las plataformas virtuales actuales canturrean ensordecedoramente su melodía seductora dirigida a *ser alguien*, pero no cuadran en América con nuestra hibridez existencial si consideramos el peso arraigado del *mero estar*.

Quizás cuando finalmente nos demos cuenta de esta gravitación, más allá del mundo de los pueblos originarios y del interior, consigamos en las ciudades, tanto en el centro como en sus orillas urbanas, valorar y asumir nuestra verdadera opción existencial americana: *estar-siendo*, lo que nos liberará del yugo de querer ser como los “países normales”, porque estos no existen. Quizás cuando seamos consecuentes con nuestra condición

existencial de *estar-siendo*, comencemos a desaprender la pedagogía del menosprecio colonial e iniciemos itinerarios de liberación mental y conductual en sintonía con quienes somos en América.

El temprano fallecimiento de Kusch, a los cincuenta y siete años de edad, en la cúspide de su maduración filosófica, tiene una crónica anunciada cuatro años antes. Durante uno de esos viajes de investigación por las cumbres salteñas, en 1975, conducida cuando se celebraba la Fiesta de Santa Rosa de Tastil, en la Quebrada del Toro, una mujer llamada Bonita Flor, le tiró las hojas de coca. Entre otras cosas, y con una sonrisa que expresaba cierta incredulidad en Kusch, le avisaba al autor de *América profunda* que poseía el mal adentro y que le quedaban cuatro años de vida. El 30 de septiembre de 1979 se cumplía en Buenos Aires la advertencia de esa adivinación en aquel recóndito pueblo, situado en el umbral de la puna salteña.

La historia de Kusch, el aporte de su pensamiento a la filosofía en general, y a la argentina y latinoamericana en particular, generó desconcierto cuando se conoció, haciéndose sentir la actitud despreciativa hacia su empeño. ¿Qué pueden aportar al pensamiento, y mucho menos a la filosofía indios, porteños y criollos, el llamado pueblo hediento?

Como dijo Enrique Dussel (2020), la originalidad de Kusch abrió un camino de su propia tradición que no se supo medir y distinguir con la debida atención cuando hizo su aparición. Solo retrospectivamente se puede medir el peso de esta valoración, ya que los poetas, como los verdaderos pensadores, no suelen ser bien sobrellevados por la sociedad cuando están en vida, porque quiebran convenciones establecidas, introduciendo vuelcos inesperados e incómodos.

¿Qué país abraza con gusto a los poetas o a los filósofos que le recuerdan a sus ciudadanos, especialmente a los que se consideran cultos y poderosos, que algo huele mal? Son los aguafiestas que, con sus considerados exabruptos, van a contrapelo del orden establecido.

Esta invitación al pensamiento de Rodolfo Kusch cumple con el propósito de difundir un pensar situado en América. Es apremiante que su obra no naufrague en el olvido, ya que hoy nos clama con renovado vigor y sabiduría en esta decisiva encrucijada histórica para la humanidad entera.

2. Kusch, en sus propias palabras

Al cabo de muchos trabajos de campo que realicé en Bolivia, he pensado que en América no tenemos un pensamiento propio. Como egresado de filosofía había adquirido una serie de cosas, de datos, de pensamientos que no eran nuestros. Qué mejor entonces que al egresar e irme justo al extremo de Buenos Aires, o sea a la puna a averiguar ¿qué pasa en el fondo de América a nivel de pensamiento? Y como ocurre en estos trabajos, se termina no solo encontrando un pensamiento en ese fondo, sino profundizando también: ¿qué es el pensar en general?

(Kusch, 1973: en línea)

Nadie más europeo, más formal y más tímido que nuestro sociólogo, nuestro filósofo o nuestro científico en general. Participa en un grado más intenso de la actitud del ciudadano porque teme a lo autóctono como a la nada. La prueba está en que nuestro científico o nuestro técnico no tiene por única virtud no el de hacer ciencia sino el de revestirse de la mayor cantidad de autores extranjeros. Y a estos los asimila no en el ámbito en que se han desarrollado, sino librescamente como colaboradores de una supuesta ciencia universal. Y si encara nuestra realidad la hace citando cuidadosamente a algún autor alemán o francés para no pasar por hereje o analfabeto. Claro que lo seguirá siendo, desde el punto de vista americano, mientras no comprenda que es él quien debe romper con la tradición.

(Kusch, 1953: 85)

Numerosos viajes al altiplano y la investigación sobre religión precolombina, limitada a las zonas quichua y aimara, me dieron la pauta de que había hallado probablemente las categorías de un pensar americano [...] De ahí, entonces, este libro que surge de la firme convicción sobre la continuidad del pasado americano en el presente [...] Y he tratado de explicarla...al modo antiguo, sondeando en el hombre mismo sus vivencias inconfesadas, a fin de encontrar en los rincones oscuros del alma, la confirmación de que estamos comprometidos con América en una medida mucho mayor de lo que creíamos.

(Kusch, 1962: 5)

No hay labor más eficaz, para dar solidez a esta búsqueda de lo americano, que la del viaje y la investigación en el mismo terreno. Desde un primer momento pensé que no se trataba de buscarlo todo en el gabinete, sino de recoger el material viviente en las andanzas por las tierras de América, y comer junto a su gente, participar de sus fiestas y sondear su pasado en los yacimientos arqueológicos; y también debía tomar en cuenta ese pensar natural que se recoge en las calles y en los barrios de la gran ciudad. Sólo así se gana

firmeza en la difícil tarea de asegurar un fundamento para pensar lo americano [...] La intuición que bosquejo aquí oscila entre dos polos. Uno es el que llamo el *ser*, o *ser alguien*, y que descubro en la actividad burguesa de la Europa del siglo XVI y, el otro, el *estar*, o estar *aquí*, que considero como una modalidad profunda de la cultura precolombina y que trato de sonsacar a la crónica del indio Santa Cruz Pachacuti. Ambas son dos raíces profundas de nuestra mente mestiza – de la que participamos blancos y pardos – y que se da en la cultura, en la política, en la sociedad y en la psique de nuestro ámbito.

(Kusch, 1962: 7)

Es probable que esta manera de pensar, responda a un juego de categorías propias de los pueblos protohistóricos y no muy ajena a nuestra forma subconsciente de encarar la realidad. Pero, de cualquier modo, en todo este mecanismo místico se muestra una forma biológica de pensar, como si éste se moviera, no por un principio de causalidad mecánica, sino de *causalidad por germinación*. Se diría que la realidad es interpretada según el criterio de fecundación o depósito de la semilla en un ámbito propicio, para que se produzca la germinación y, por consiguiente, la semilla en forma de orden cósmico cuadrangular, que depositada en el mundo o caos da el fruto, el cual, por su parte, es el maíz [...] Todo el obrar y el sentir indígena parece seguir esta inmersión de lo *seminal* en una totalidad *antagónica*. De ahí las conjuraciones mágicas o la magia en general, que apunta a que lo *seminal* se convierta en *fruto*. En torno a estos tres elementos gira el mecanismo intelectual del indígena.

(Kusch, 1962: 87-88)

[La] cultura quichua era profundamente *estática* [...] era un estatismo que abarcaba todos los aspectos de la cultura quichua, como si toda ella respondiera a un canon uniforme, que giraba en torno al estar en el sentido de un *estar aquí*, aferrado a la parcela cultivada, a la comunidad y a las fuerzas hostiles de la naturaleza [...] Este mero estar encierra todo lo que el quichua había logrado como cultura. Supone un estar “yecto” en medio de elementos cósmicos, lo que engendra una cultura estática, con una economía de amparo.

(Kusch, 1962: 97-98)

Una manzana cae porque se reintegra al suelo. Ha sido semilla, ha madurado y luego se ha desprendido del árbol, para reintegrarse al suelo. Esta es una verdad y quizá la primera. Pero eso ocurre porque la realidad es un animal monstruoso, en donde todo lo que ocurre sigue las leyes de la vida: nace, madura y muere. Por eso Newton fue un mentiroso. Vio caer una manzana y creyó descubrir las leyes de la gravedad. Mintió porque dijo que la realidad no es un animal, sino un mecanismo. Pero en América sabemos que él no tuvo razón. Al menos la manzana, entre nosotros, cae porque todavía está dentro

de un organismo animal. Podemos ver lo otro, pero eso dependerá de otros factores. Es preciso ser pura inteligencia para ver cosas mecánicamente. Y no somos capaces: creemos solo que todo nace, crece y muere. La realidad no es entonces desmontable, sus detalles no se conjugan de acuerdo con el criterio de causa y efecto, sino con el de gestación orgánica. Una idea, un sueldo, una casa, un libro, una plataforma política, todo se engendra, madura y muere, igual que la manzana.

(Kusch, 1962: 194)

El estancamiento de la filosofía entre nosotros, la imposibilidad de adelantar, o emprender un filosofar, se debe seguramente como suele decirse a una ausencia de técnica para ello.

(Kusch, 1975: 9)

Ser sudamericano y de clase media, pensé, es como un estado patológico, una forma de incapacidad congénita. Al fin y al cabo nos ofrecen todo: tecnología, cultura, democracia, grandes pensamientos, formas sociales, formas políticas, si somos de izquierda, y otras si somos de derecha, pero nos sentimos negados.

(Kusch, 1975: 72)

La tecnología está entonces condicionada por el horizonte cultural en donde se produce. Uno necesita una máquina para una determinada finalidad que se relaciona con el lugar, el tiempo y las necesidades de una determinada comunidad. Eso es lo natural. Es difícil concebir una tecnología que crea máquinas universalmente, al margen de una utilidad contingente y manifiesta. De modo que a la defensa de la tecnología habría que resaltarle el margen de universalidad un poco mítica con la que la utilizamos. Y hay más. La creación del utensilio tampoco es exclusivamente contingente y episódica. Sino que es la consecuencia de una necesidad profunda que se ha instaurado por un proceso de gestación cultural. En este sentido la gestación de una máquina y la de una obra de arte participan ambas de las mismas características. Habíamos supuesto que la tecnología está vinculada a un lugar determinado. No podemos separar el lugar y del tiempo exacto a la tecnología. Diríamos que no hay tecnología sin ecología cultural perfectamente determinada, porque no haríamos un puente donde las condiciones ni las necesidades estén dadas.

(Kusch, 1976: 96-97)

El quehacer se plantea en América como un hacer, un *qué* definido para un simple *estar bien* o *mejor*, como si fuera nada más que una manera de movilizar el *estar*. Se trata de trabajar todo el día para alcanzar comodidades, y éstas por su parte se logran comprando los *qué* o cosas. Uno se moviliza y *hace* cuando quiere *estar bien* y se *está bien* en tanto se *tiene* [...] *Estar bien* con objetos adquiridos mediante el quehacer es evidentemente una forma demasiado visual y cómoda de alcanzar la plenitud, y eso ya es como caer entre las cosas y es perder la libertad en cierta medida. Una caída así es anhelada por cualquier clase media [...] Por eso el *tener* provoca el repliegue sobre la antigua base de *estar* nomás, para evitar una alineación intolerable. Es la razón por la cual no satisface totalmente tener cosas, sino que es preciso estar, aunque sea “tranquilo” o “lejos” o “solo” para lograr la verdad. Se sabe, además, que si no se hace así, el tener mismo conduce a la novedad de tener más cosas y, como bien dice la sabiduría popular “eso a nada lleva”.

(Kusch, 1977: 254-256)

[Cada] generación exige [...] la conceptualización filosófica de su sentido peculiar de la vida. Pero he aquí lo grave. Para que esa conceptualización se lleve a cabo es preciso, no sólo saber filosofía, sino ante todo, y es muy importante, asumir un margen de distorsión que pocos son capaces de lograr. Indagar la vida cotidiana para traducirla al pensamiento constituye una aventura peligrosa, ya que es preciso, especialmente aquí en América, incurrir en la grave falta de contradecir los esquemas a los cuales estamos apegados.

(Kusch, 1977: 16)

Es posible que el último horizonte de significación de una lengua esté situado en la cultura a la cual pertenezco. Y decir cultura es hacer referencia a una especie de saber previo a lo que se dice. Se habla sobre un horizonte de sobreentendidos que están condicionados por la cultura [...] Una cultura no es una construcción arbitraria, sino que es el horizonte simbólico montado a través del tiempo y que sirve para lograr una habitabilidad en el mundo.

(Kusch, 2003: 365)

La cultura es entonces un molde simbólico para la instalación de una vida.

(Kusch, 1978: 17)

Al cabo de andar por América [...] caemos en la cuenta de que la cuestión no radica en la importación de ciencia, tanto como en la falta de categorías para analizar, aun científicamente, lo americano. Entra como componente significativo en nuestra

mentalidad colonizada una cierta ceguera que no nos deja ver que ocurre con América, porque es muy probable que la cuestión no esté en ella sino en nosotros, ya que nos falta la fe y no tenemos las categorías para comprenderla.

(Kusch, 1999: 549)

La razón profunda de ser de una cultura es la de brindarme un horizonte simbólico que me posibilita la realización de mi proyecto existencial [...] El punto de arranque para esto es el puro existir o, como podríamos llamarlo en América, el puro estar, como un estar aquí y ahora, asediado por la negación o sea por las circunstancias. Y esto lleva a un axioma. Si vivo la falsedad y quiero lograr la verdad de ser, si la lógica de vivir es una lógica asimétricamente invertida a la lógica científica, cabe afirmar que la lógica como ciencia, o la ciencia misma son apenas un episodio de la lógica del vivir. En suma, existo, luego pienso y no al revés. Por eso la verdad matemática es sólo un episodio de la verdad ontológica. La pretensión occidental en este sentido, de encontrar una ciencia universal es falsa. En vez de ciencia se puede hablar apenas de una actitud metódica. Además, como el existir es básico lo único universal es el existir mismo.

(Kusch, 1999: 552-553)

El concepto de unidad geocultural lleva incluso a cuestionar filosóficamente la posibilidad de un saber absoluto al modo como lo propone el pensamiento occidental. El saber absoluto de Hegel, es un saber condicionado por la cultura y las circunstancias políticas de la Alemania de su tiempo. La idea de un pensamiento resultante de una interacción entre lo geográfico y lo cultural conduce al problema filosófico de la incidencia del suelo en el pensamiento y abre, por consiguiente, esta pregunta: ¿Todo pensamiento sufre gravedad del suelo, o es posible lograr un pensamiento que escape a esta gravitación?

(Kusch, 1978: 15)

Cuando le cuento a alguien que me radiqué definitivamente en Maimará, siempre me responde con un gesto de asombro. ¿Por qué? En realidad Maimará no queda tan lejos. Apenas dista unos 80 kilómetros de San Salvador de Jujuy y el camino no es tan malo. Se lo cubre tranquilamente en una hora y media a través de un paisaje admirable. Pero entonces, si la distancia no es tanta y hay medios para cubrirla, ¿por qué el gesto? El asombro alguna razón tiene que tener, y se diría que hace referencia a que Maimará está ubicada en una zona en la cual no se vivirá así no más. Es como si estuviera del otro lado, como salvando una frontera, y he aquí el problema, ¿existe esa frontera? Y más aún, esa frontera ¿está afuera o adentro de uno?

(Kusch, 2003: 223-224)

Cuando nos disponíamos a volver hubo que llevar gente a Abra Pampa. Así conocimos a Mamaní, un viejito flaco de piel arrugada, vestido con sombrero y traje y gestos vitales y rápidos [...] Cuando volvíamos rumbo al sur pensamos qué significa vivir en América. O mejor, se trata de preguntar algo más... ¿qué había de común entre la vida de ese viejito y la mía? Si analizamos su vida que consiste solo en llevar el cordero cuarteado para vender o en llamarse Mamaní o en habitar desde hace tiempo en Cochino, evidentemente no habría nada en común [...] Al fin y al cabo, yo vivo en la ciudad, me dedico a escribir, soy profesor y vivo en una casa de ladrillos, no tengo nada en común con Mamaní. Es más, infiltramos entre él y nosotros una cierta evolución en el tiempo que nos distancia considerablemente. Hacia nosotros crece la civilización y hacia Mamaní decrece [...] Pero aunque nos cuenten todo eso no puedo evitar la intuición de que entre el viejito y yo hay algo en común. Para encontrar esto habrá que dejar de lado los esquemas y las ideas hechas y obrar un poco como hace el filósofo: seguir la intuición para encontrar al cabo de una reflexión seguramente incómoda lo que hay de común entre ambos [...] Pero ahí mismo se adivina esa comunidad de estar todos en lo mismo, donde yo y Mamaní nos fundimos. Es el milagro de *estar*, antes de *ser*. El fondo común antes de que yo me llame Kusch y el hombrecito Mamaní. Es un área no pensada e imposible de pensar.

(Kusch, 2003: 279-283)

Es que hay viajes que son como la vida misma. La vida se siente cuando se la confronta con el absurdo, cuando se pone el pie en la huella del diablo. Sólo entonces se la palpa. Y el viaje, un auténtico viaje, consiste en ir al absurdo ubicado en algún lugar de la tierra, lejos de la cómoda y plácida ciudad natal, junto mismo al diablo. Porque el diablo está en los precipicios escalofriantes, en el miedo ante la enfermedad circunstancial, en la tormenta, en la lluvia o en el granizo despiadados, o en la súbita detención del tren por algún derrumbe de la montaña. Ahí reencontramos los grandes temas que hemos olvidado en la gran ciudad: la vida junto a la muerte, el bien junto al mal, Dios y al diablo.

(Kusch, 1966b: 12)

Aunque vayamos a miles de kilómetros de distancia siempre viajamos adentro de nosotros mismos. E ir al altiplano ya es la culminación, porque significa viajar hacia lo más profundo de sí mismo, hacia ese margen de prehistoria que todos padecemos, por más blancos e inmigrantes que seamos.

(Kusch, 1966b: 14)

¿Qué pasaría si aceptáramos sin más eso que América trae consigo en su plan en materia política o económica? Ya dijimos que lo peculiar de América, eso que yace en lo más hondo de ella, es su profundo *estar*, algo así como un *dejarse estar*, eso mismo que se traduce en

Bolivia o en Perú o en el Norte argentino como una imposibilidad de darle a esos países o a esa zona la fisonomía liberal y democrática que toda nación correcta, creemos, debe tener hoy en día. Y nosotros estamos en un ritmo opuesto, una especie de *ser alguien* competitivo y creador que nos lleva precisamente a disfrutar de beneficios del siglo XX [...] Ese *mero estar* de América implica soluciones políticas y económicas contrarias, como comunidad, y economía de amparo en oposición a una economía liberal de desamparo.

(Kusch, 1966b: 136)

Ya lo dice el diccionario. *Ser* se liga a *servir, valer, poseer, dominar, origen*. Para *ser* es preciso un andamio de cosas, empresas, conceptos, todo un *armado* perfectamente orgánico, porque, si no, ninguno *será* nadie. *Estar*, en cambio se liga a *situación, lugar, condición o modo*, o sea a una falta de *armado*, apenas a una pura referencia al hecho simple de haber nacido, sin saber para qué, pero sintiendo una rara solidez en esto mismo, un misterio que tiene antiguas raíces [...] ¿Y todo esto es escandaloso? No lo es. Cuando un gran imperio sucumbía, en la historia, los hombres dejaban de *ser alguien*, para *estar* y nada más ... Por eso estamos también en el café, *a todo estar* como en las pensiones, sin pensar en nada, solo mirando por la ventana y viendo pasar a los prójimos, con su *ser alguien* a cuestas [...] *Soy alguien* mientras *estoy vivo*, cuando pase a *estar muerto*, nadie *seré* [...]

(Kusch, 1966a: 105-106)

Desde el punto de vista indígena, es natural que se dé la fagocitación, ya que el *ser alguien* es transitorio y de ningún modo inmutable y eterno. Por eso el *ser alguien* y el *estar aquí* mantienen una relación como de hijo y madre. Y evadiéndonos del plano indígena, diríamos, ya en el terreno ontológico, si se quiere, que esa fagocitación ocurre en la misma medida en la gran historia –o sea la del *estar*– distorsiona, hasta engullirla, a la pequeña historia –la del *ser*.

(Kusch, 1962: 176)

El problema de la filosofía es el problema de la liberación. No es el búho que levanta vuelo al anoecer, porque ya ha visto todo lo que ocurre durante el día, sino que esconde también la sorpresa de la noche y la espera del amanecer al cabo de la noche. Filosofar es programar el amanecer al cabo de la noche. Es plantearse la liberación que ocurrirá seguramente al día siguiente.

(Kusch, 1975, 81)

3. Kusch, en otras palabras

Graciela Maturó

Kusch enseñaba a los americanos a pensarse como sujetos de un devenir propio, ligado a un paisaje irrenunciable en cuanto domicilio, sede de una cultura. Hoy, ante la informática que desterritorializa al hombre, parecería que ya no tiene peso la postulación de una ecocultura ligada al suelo, y sin embargo no es así. La cibernética no inventa una cultura en el profundo y humano sentido de esta palabra [...] [Kusch] Pensaba a Occidente en su conjunto como una cultura deshumanizada, y apostaba a una etapa nueva protagonizada por América Latina, a la que devolvía con justicia el nombre de América sin más. En esa encrucijada nos dio un ejemplo imborrable: su integridad humana y la autenticidad de un pensar que, por ser auténtico, pasa a ser ineludiblemente un pensar desde América, pues pensar no es pensar en abstracto sino, siempre, pensar desde la condición humana encarnada en un cuerpo y en un espacio tiempo, el de la vida humana sobre la Tierra. Estamos distendidos entre polaridades opuestas, dice Kusch. Nuestra condición es mestiza y desgarrada, por ello mismo sacrificial y fecunda. Debemos reconstruir una cultura que ha sido hondamente subvertida por clases dirigentes iluministas que relegaron al pueblo a la marginalidad de lo oscuro y demoníaco.

(Maturó, 2011: en línea)

Eduardo A. Azcuay

La lección de Kusch conjuga una incitación filosófica y un gesto vital [...] Su invitación a pensar a América y pensar, asimismo, desde América y en americano, lejos de constituir una presunción localista significa una reivindicación del pensar mismo concebido como acto genuino y universalizante. Por histórica paradoja ese pensar americano se convierte así, en esta hora de crisis para la humanidad, en un pensar para el mundo.

(Azcuy, 1989: 7)

Mario Casalla

[El] “mero estar” americano, no es para Kusch la impotencia o el desapego del “hacer”, que los europeos tanto nos han reprochado (como indolencia, vagancia, incapacidad natural, etc.), sino más bien otra forma de acción y de conducta humana a la que deberemos comprender sin anteojeras previas.

(Casalla, 2005: 326)

Enrique Mareque

Un pensar propio significa, según Kusch, un pensar culturalmente arraigado, dado que no hay otra universalidad que la de estar “caído en el suelo”, cualquiera que este sea. Sin el suelo no hay arraigo y sin arraigo no hay sentido ni, por tanto, cultura. El descubrimiento de esa intersección entre pensamiento, cultura y suelo (geo-cultura) llevó a Kusch a recorrer durante muchos años el altiplano argentino-boliviano dialogando con su gente y buscando una perspectiva americana original que permitiera reubicar los aportes de la filosofía europea dentro de un nuevo contexto. Prueba de la seriedad de esa búsqueda fue su definitivo traslado a Maimará (Provincia de Jujuy) donde residió hasta el final de su vida.

(Mareque, 1989: 53-54)

Juan Carlos Scannone

Pienso que Kusch, con el “estar” (“estar en la tierra”), intentó nombrar la unidad originaria de todo, pero no atendiendo al ser como razón (*Grund*) o a la libertad, sino especialmente, a la *Madre Tierra (Pacha Mama)* donde *estamos*, en cuanto ella expresa aquello *irreductible* e irreductiblemente *religioso* del *símbolo*.

(Scannone, 2000: 221)

Abel Posse

La importancia de Kusch fue la haber pensado abriéndose hacia la realidad de América como totalidad que requiere una síntesis [...] Frente a los pueblos del *ser* y del *hacer*, integramos – o aportamos – nuestra dimensión del *estar*. Kusch [...] escribió como tanteando, como quien abre puertas para recalificar al descalificado hombre de nuestro mundo. Fue un pensador salvaje, una especie de Arlt de la filosofía (ambos eran hijos de pobres inmigrantes alemanes). Kusch se formó un idioma con palabras y categorías del pensamiento indígena, con el lunfardo de Buenos Aires y con sus lecturas de Heidegger. Significa el nacimiento de un pensar autónomo en Argentina.

(Posse, 1991: 195-196)

Nerva Bordas de Rojas Paz

Pensar lo americano al abrigo de la propia sombra constituye casi un rito clandestino que pocos han intentado [...] La tentativa de Kusch abre un camino desde la filosofía, que quiere acompañar al arte: recuperar el diálogo con lo segregado para acceder así a la integridad de nuestro sujeto. Inicia con ello la aventura de lo americano; necesita apelar

a todos los recursos pues su escurridizo objetivo se mueve en el desamparo orgánico esencial.

(Bordas de Rojas Paz, 1997: 19)

Gabriel Osvaldo Sada

Kusch ha pretendido darnos, entre otras cosas, una filosofía sapiencial que él ha encontrado entre los marginados de la historia y el progreso occidental [...] Si la filosofía siempre incorpora un mundo (ya se lo llame proletariado, ciencia moderna o cristianismo) Kusch incorpora en ella lo indígena y lo popular americano [...] Si todo conocimiento implica una ampliación de la conciencia, Kusch ha querido llamar la atención sobre lo americano como una ampliación de nuestra propia conciencia [...] Kusch de todos modos queda para mí como un clásico [...] Ya que ha aportado para una conciencia letrada y lectora, como será siempre la del filósofo, aquello que en forma primera y notoria diferencia a América Latina de Europa, a saber: sustrato indígena [...] Kusch se me presenta como uno de los modelos posibles de hacer filosofía en América Latina.

(Sada, 1996: 211-212)

Mauricio Langon

La obra de Kusch [...] insta a mirar América desde su pueblo, en la perspectiva del indio, del negro, del miserable. Desde la sabiduría de un viejo mendigo o de un brujo, o de una informante enferma - desde lo que él considera el verdadero corpus filosófico de Nuestra América - va caracterizando el pensamiento americano, diseñando su lógica propia, abriendo camino al pensamiento popular de América que es filosofía propia, no alienada, que no empieza ahora sino que tiene una larga historia de sufrimiento y frustración, de resistencia y sobrevivencia, oscurecida por una interpretación intelectual, de élites, extranjerizante, imposibilitada de ver en lo popular otra cosa que ignorancia, analfabetismo, mugre, bestialidad zoológica, dejadez vegetal. Kusch postula la plena humanidad del pueblo de América, condición para eliminar la mirada colonizadora.

(Langon, 1988: 343)

José Alejandro Tasat

Kusch presenta, por un lado, la dualidad de la modernidad refugiada en la ciencia, la razón, y el logos, sustentada por el sujeto, único, idéntico a si mismo, que prefija al ser; y por otro lado conviviendo el miedo como sustento de vida y la deidad como organizador

del cosmos por parte de la sabiduría andina. Siendo las dos formas de tramitar la vida desde la ciencia, la filosofía, la magia y la sabiduría.

(Tasat, 2013: 143)

Walter Mignolo

Las de Kusch son reflexiones que solo se pudieron dar del modo en que se dieron en el momento en que desobedece, en el momento en que se vuelca en una total desobediencia epistémica y ontológica y reflexiona a partir de la experiencia en vez de sujetar la experiencia a los dictados de las disciplinas. Esa desobediencia le privó de una vida académica *normal*; lo situó, en cambio, en el azaroso camino del pensar haciendo y del hacer pensando. De ahí el estar siendo. Sus reflexiones parten de su piel, de sus sentidos, de su corazón en última instancia.

(Mignolo, 2013: 85)

Carlos Cullen

La América profunda, [...] es profunda precisamente porque la tenemos ahí adentro, pero no nos animamos a verla [...] Si han leído a Kusch, recordarán su famosa anécdota tomando ese rito que tienen en el norte de bailar alrededor de un poste que ponen en el carnaval, y van todos bailando y dice Kusch: “lo que pasa es que el problema no es bailar, todos sabemos bailar muy bien, el problema es que estamos bailando alrededor de un poste que no es el nuestro. Y el miedo que tenemos es de bailar sobre nuestro poste, porque ahí tenemos miedo de pisarnos los unos a los otros”. Me pareció tan hermosa la metáfora, Kusch tenía una cosa literaria, más allá de su formación filosófica que me parece sumamente rica.

(Cullen, 2020: en línea)

Jorge Rulli

[Conocí a Kusch] en una de las asambleas de Ramos Mejía, a principio de los años setenta. Se me acercó una docente y se presentó. Era Coca Martínez. Me dijo que era amiga de un pensador al que quería que yo conociera. Me invitaron a un locro en la calle Cangallo, frente al sindicato de FOETRA. Ahí lo conocí al alemán, a Gunter Rodolfo Kusch. Me pareció un tipo macanudo [...] Él me presta un libro, *América profunda*. Pero antes leí otro: *El pensamiento indígena y popular en América*. Y después lo empiezo a ver seguido, lo voy leyendo y escuchando. Era un tipo que hablaba constantemente, un maestro. Y era muy compinche, muy loco. Rodolfo era peronista. Buscaba un cambio, pero no a través del marxismo y el socialismo, que era desde donde se hablaba en esa época. Él era mucho más

subversivo y plebeyo, en el sentido que reconocía al *estar* frente al *ser*. Ahí empezaba esa manera de pensar que él exponía y se manifiesta en que los europeos han llegado al *ser*, pero han olvidado su *estar*. Mientras nosotros permanecemos en el *estar* sin poder alcanzar el *ser*, porque no nos dejan *ser* como deberíamos: desde nuestro *estar* [...] Kusch viene de la escuela de tipos que evadieron el reconocimiento público y que se fueron a vivir a las aldeas. Como el escritor John Berger hoy, que vive en una aldea francesa, como un campesino. Y además te lo dicen, como Kusch lo decía, como Heidegger lo decía y Berger lo dice: no quieren ver a nadie que tenga título universitario. Cuando quieren hacer pensamiento, se van al boliche a tomar vino con los campesinos.

(Rulli, 2012: en línea)

Boaventura de Sousa Santos

Un gran autor, Rodolfo Kusch, trató muy bien la cuestión epistémica de los pueblos campesinos andinos de América Latina, que tenían sus formas de vivir con la naturaleza, a la que llamaban “madre tierra”. Llegaron los europeos y les dijeron que no es la madre de nadie, que la naturaleza es una cosa inerte a nuestra disposición y que se puede utilizar como queramos. Como se sabe, la montaña de Potosí fue destruida por la minería. La idea de madre tierra de los pueblos originarios se perdió, pero no totalmente. Hoy los jóvenes están buscando otro concepto porque son ecologistas. Buscan otro concepto de naturaleza. Las ganancias que vienen de las periferias son fundamentales para mantener el nivel de vida y el bienestar de los europeos y de los norteamericanos.

(Santos, 2022: en línea)

Dina Picotti

En el trabajo de campo, Kusch recoge material fértil para esbozar “una dialéctica americana”; la convivencia con el pueblo se convierte en clave de una epistemología en la que sujeto y objeto se reubican en una relación de sujeto a sujeto, a través de la cual la exploración de las manifestaciones de la cultura popular permite “desocultar su novedad” en medio de un universo poblado por especulaciones exitosas y fundamentadas, y servirse de una “lógica de la negación” que implica un redimensionamiento del hombre. Se configura entonces un discurso pensante que parte de un “estar aquí”, de la experiencia raigal del “mero estar no más” frente a la clásica oposición filosófica del ser y la nada, como categoría central de un pensamiento que bucea en los diferentes universos de la América profunda, sea en la soledad de la quebrada o en los rincones de la gran ciudad. Se erige de este modo un sujeto que puja por liberarse de la ficción de querer “ser alguien”, resistiendo en el intento de un “acierto fundante”, a la espera de un fecundo “estar siendo para el fruto”.

(Picotti, 2010: 92-93)

Mario Vilca

Kusch, en algún momento, cuando él está en la ventana de su pequeña casa y de su pequeña biblioteca, mirando hacia afuera, se pregunta si esta biblioteca, si esta enciclopedia, si estas teorías sobre lo humano, de sociología, de psicología, de antropología, podían dar cuenta de lo humano. Y a través de la ventanita lo ve al carpintero Choque, que está levantando una pirca de adobes, y entonces, él allí siente que el camino del conocimiento de lo humano en América está en hablar, en conversar, con el carpintero Choque. Y ahí la teoría, es decir la enciclopedia, los libros quedan como en un segundo término; o solamente como un instrumental, en esa búsqueda o en ese trayecto que él plantea de las cosas o de lo dado hacia lo humano.

(Calado y Barthe, 2022: mins. 06:52-08:06)

Martin Lavalle

Kusch nos introduce a la filosofía, no con el pensamiento. No por la visión; sino por el olfato, cuando Kusch crea el concepto de hedor, nos está relacionando con algo que debemos pensar, con algo que nos desafía a pensar, pero que la primera impresión que tenemos es olfativa.

(Calado y Barthe, 2022: mins. 08:07-08:53)

Andrea Bocco

La literatura latinoamericana está marcada por la experiencia de la alteridad desde la irrupción del europeo [...] En ese contacto con el otro [...] se produce un cruce, un atravesamiento que modifica a ambos sin que eso implique la dilución de las diferencias ni de conflictos [...] Rodolfo Kusch [en *América Profunda*] da cuenta de este proceso desde su concepto de la “fagocitación”: enfrentar lo extraño para incorporarlo, y para ganar en salud. La fagocitación se monta en la dualidad, no busca la eliminación, sino que pretende mantener el equilibrio entre orden y caos. Se trata [...] de la confluencia de los opuestos que opera en el plano de la ambivalencia. De esta manera [...] las culturas autóctonas populares fagocitaron (y lo siguen haciendo) lo que necesitaban para vivir de ese otro, que también se transforma.

(Bocco, 2015: 59)

Elizabeth Lanata de Kusch

Eran viajes lindos, ¿no? No eran solo viajes para investigar [...] Eran viajes para establecer una comunicación. Establecer un contacto humano [...] Y nosotros tener más confianza [en] el artesano, en el trabajador de la tierra, de la madera, de la cerámica. No nos

acercamos con la soberbia; ¡ah yo vengo de la ciudad, yo tengo más elementos, yo sé más que vos! No, no, al contrario: ¡yo sé menos, ahora voy a aprender, con vos voy a tratar de aprender algo! Tal vez, esa actitud puede ayudar a esa mayor comprensión con ese mundo de la América profunda.

(Calado y Barthe, 2022: mins. 20:49-22:49)

Ana Zagari

Kusch prefiere trabajar a lo largo de toda su obra con el concepto pueblo y se aparta de la de la categoría ciudadanía que de por sí excluye a quienes viven afuera de las urbes [...] En toda su obra, tanto teórica como de investigaciones de campo, hay un hilo conductor que sigue el curso de la cultura de los pueblos y de su producción simbólica. En ese seguimiento, el rasgo que descubre Kusch en todas las comunidades con las que compartió su vida y sus ideas es el de la asociación entre la creatividad inmanente del pueblo y quienes, desde la actividad política, se hacen cargo de las construcciones, los símbolos y los pareceres del pueblo [...] El aporte de la filosofía de Rodolfo Kusch radica en la vinculación intrínseca que tiene la cultura de nuestros pueblos con los procesos políticos populares.

(Zagari, 2020: 44-45)

Enrique del Percio

[...] la obra de Kusch y de Scannone nos permite ir más allá, no quedarnos en los límites impuestos por una filosofía del ser, para poder entender estas realidades abordándolas desde otra altura. Desde allí donde habita el símbolo y se está con lo sagrado. Es decir, donde lo humano está siendo plenamente humano y se aleja el riesgo de ser solo humano, ergo, demasiado humano.

(Fresia, 2020: 22)

Papa Francisco

Hay un pensador que usted debería leer: Rodolfo Kusch, un descendiente de alemanes que vivía en el noroeste de la Argentina, un excelente filósofo, antropólogo, muy bueno. Él fue quien hizo comprender una cosa: la palabra “pueblo” no es una palabra lógica. Es una palabra mítica. No se puede hablar de pueblo lógicamente porque eso sería limitarse a hacer una descripción. Para comprender a un pueblo, comprender cuales son los valores de ese pueblo, es preciso entrar en el espíritu, en el corazón, en el trabajo, en la historia y en los mitos de su tradición. Este punto se encuentra verdaderamente en la base de la así

llamada “teología del pueblo”. Es decir, ir con el pueblo, ver como se expresa. Esta es la distinción importante [...]

(Papa Francisco, 2018: 38)

Bibliografía de Rodolfo Kusch

Obras de Rodolfo Kusch

Sedución de la barbarie, (1953), Raigal, Buenos Aires,.

América profunda, (1962), Hachette, Buenos Aires.

De la mala vida porteña, (1966a), Peña Lillo, Buenos Aires.

(1966b), *Indios, porteños y dioses*, Stilcograf, Buenos Aires.

“Taller de la Palabra,” (1973), Asociación Argentina de Escritores, Radio Nacional Argentina. Disponible en: <https://archive.org/details/RodolfoKusch-PalabrasEnRadioNacionalArgentina> [Consulta: 5 de julio de 2023]

La negación en el pensamiento popular, (1975), Cimarrón, Buenos Aires.

Geocultura del hombre americano, (1976), Cambeiro, Buenos Aires.

El pensamiento indígena y popular en América, (1977), Hachette, Buenos Aires.

Esbozo de una antropología filosófica americana, (1978), Castañeda, Buenos Aires.

Obras completas, (1999), Tomo II, Fundación Ross, Rosario,.

Obras completas, (2000), Tomo III, Fundación Ross, Rosario.

Obras completas, (2003), Tomo IV, Fundación Ross, Rosario.

Obras completas, (2007), Tomo I, Fundación Ross, Rosario.

Bibliografía citada y consultada sobre Rodolfo Kusch

AZCUY, Eduardo A., (1989), “Prólogo”, en Azcuy, Eduardo A., (comp.), *Kusch y el pensar del desde América*, Cambeiro, Buenos Aires.

BELZA, María Eva, (2012), “Kusch fue un Zapatista anticipado”. Entrevista con Jorge Rulli, *Revista Sol de Noche*, septiembre 2012, [en línea]. Disponible en: <https://soldenocherevista.blogspot.com/2012/09/rodolfo-kusch.html> [Consulta: 15 de mayo de 2023].

BOCCO, Andrea, (2015), “Literatura fronteriza: un modo de emergencia de la heterodoxia literaria”, Martínez, Cecilia Corona y Bocco, Andrea (Cumplidoras), *Más allá de la Recta Vía. Heterodoxias, rupturas y márgenes de la Literatura Argentina*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

BORDAS DE ROJAS PAZ, Nerva, (1997), *Filosofía a la intemperie. Kusch: ontología desde América*, Biblos, Buenos Aires.

CASALLA, Mario, (2005), *América Latina en perspectiva. Dramas del pasado, huellas del presente*, Ediciones CICCUS, Buenos Aires.

CULLEN, Carlos, (2020), *Conversatorio con Enrique Dussel y Carlos Cullen. Pensamiento, lenguaje y vida en el devenir de la filosofía de la liberación*, (Coord. Marcela M. Kabusch y

José A. Tasat, 28 de agosto de 2020 [en línea]. Disponible en: <https://pensarenmovimiento.untref.edu.ar/uploads/pdf/1653595738.pdf> [Consulta: 7 de mayo de 2023].

DUBATTI, Jorge y Juan Pablo Pérez, (2022) *El teatrar de Kusch*, Ediciones del CCC, Buenos Aires.

DUSSEL, Enrique, (2020), *Conversatorio con Enrique Dussel y Carlos Cullen. Pensamiento, lenguaje y vida en el devenir de la filosofía de la liberación*, (Coord. Marcela M. Kabusch y José A. Tasat, 28 de agosto de 2020 [en línea]. Disponible en: <https://pensarenmovimiento.untref.edu.ar/uploads/pdf/1653595738.pdf> [Consulta: 7 de mayo de 2023].

ESPOSTO, Roberto H., (2018), *Rodolfo Kusch, actualidad de un pensamiento americano. Lecturas y reflexiones*, Biblos, Buenos Aires.

FRANCISCO, Papa. (2018), *Política y Sociedad. Conversaciones con Dominique Wolton*, Encuentro, Madrid.

FRESIA, Iván Ariel, (2020), *Estar con lo sagrado: Kusch-Scannone en dialogo sobre pueblo, cultura y religión*, Ediciones CICCUS, Buenos Aires.

LANGON, Mauricio, (1988), "Presentación de Rodolfo Kusch", en *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, 1988, vol. 15, 343-245.

MAREQUE, Enrique, (1989) "Líneas fundamentales del pensamiento de Rodolfo Kusch", en Azcuy, Eduardo A., (comp.), *Kusch y el pensar del desde América*, Cambeiro, Buenos Aires.

MATURO, Graciela, "El maestro que se refugió en la Puna", *Clarín, Revista Ñ*, Buenos Aires, 1 de noviembre de 2011 [en línea]. Disponible en: https://www.clarin.com/rn/ideas/Rodolfo-Kusch-rescate_0_H1zrbIs3vQl.html [Consulta: 21 de abril de 2023].

MIGNOLO, Walter, (2013), "El Hedor y el desarrollo", en José A. Tasat y Juan P. Perez (Coord.), *El hedor de América. Reflexiones interdisciplinarias a 50 años de la América Profunda de Rodolfo Kusch*, Eduntref-CCC Floreal Gorini.

---. (2010), "Introduction. Immigrant Consciousness", en Rodolfo Kusch, *Indigenous and popular thinking in América*, Duke University Press, Durham.

PICOTTI, Dina, (2010), "Los aportes de una antropología americana en el pensamiento de Rodolfo Kusch", en *Revista Colombiana de Humanidades*, No. 77, 2010, pp. 89-102.

POSSE, Abel, (1991), *Biblioteca esencial*, Emecé, Buenos Aires.

RÍO, Javier Gustavo, (2022), *Pedagogía del encuentro. Pensamiento educativo de Rodolfo Kusch*, Las Cuarenta, Buenos Aires.

SADA, Osvaldo Gabriel, (1996), *Los caminos americanos de la filosofía en Rodolfo Kusch*, Cambeiro, Buenos Aires.

SCANNONE, Juan Carlos, (2000), “Metafísica y religión”, en *Stromata*, vol. 56, Núm. ¾, 211-225.

SANTOS, Boaventura de Sousa, (2022), “Entrevista con Jorge Fontevicchia”, en *Perfil*, 25 de febrero de 2022, [en línea]. Disponible en: <https://www.perfil.com/noticias/periodismopuro/boaventura-de-sousa-santosel-neoliberalismo-dejo-de-ser-legitimo-en-el-mundo-luego-de-la-pandemia-por-jorge-fontevicchia.phtml> [Consulta: 21 de abril de 2023].

TASAT, José Alejandro, (2019), *La educación negada. Aportes desde un pensamiento americano*, Prometeo, Buenos Aires.

ZAGARI, Ana, (Coordinadora), (2020), *Rodolfo Kusch. Esbozos filosóficos situados*, CICCUS, Buenos Aires.

Documentales

FALCONE, Jorge, (2012), *Hombre bebiendo luz. Rodolfo Kusch en procura de un pensamiento continental autónomo*, Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Q1sVCVaB4ec>
<https://vimeo.com/55907896>

CALADO, Pablo Mendes y BARTHE, Juan, (Realizadores y Guión), (2022), *Tras los pasos de Kusch*, Salta, Untref, Buenos Aires. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Ql4u0iTYuhQ>

Agradecimientos

Quisiera primero agradecer la invitación del Dr. Enrique del Percio, rector de la Universidad de San Isidro, a escribir este breve volumen de introducción al singular pensamiento de Rodolfo Kusch, y por obsequiarme el título del mismo.

La redacción de este trabajo hubiera sido imposible sin el apoyo del “HASS Enabler Funding Scheme” de la Faculty of Arts, Humanities and Social Sciences de la University of Queensland. Agradezco asimismo a mis colegas de la cátedra de español y estudios latinoamericanos: Adriana Díaz y Sol Rojas-Lizana

Extiendo un sincero reconocimiento a quienes aportaron con su retroalimentación al desarrollo de este proyecto: Sergio Holas y Federico Paz.

A María por su amor y paciencia.

Sobre el autor

Roberto Hernán Esposto es Doctor por La Trobe University, Melbourne, Australia. Es profesor titular en la cátedra de español y estudios latinoamericanos en la Escuela de Lenguas y Culturas de la University of Queensland, Brisbane, Australia. Entre sus publicaciones más destacadas se encuentran: *Peregrinaje a los orígenes. La dicotomía de civilización y barbarie en las novelas de Abel Posse* (Alción, 2007), *Abel Posse, senderos de un caminante solitario* (Biblos, 2013), *Rodolfo Kusch. Actualidad de un pensamiento americano* (Biblos, 2018). En 2022 editó *Hugo Caamaño. Poeta de mundo propio* (Academia Argentina de Letras). Desde 2012 participa en las Jornadas del pensamiento de Rodolfo Kusch dirigidas por la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Es miembro correspondiente en Australia de la Academia Argentina de Letras.